

## AGUAS ABAJO

### Piedra callada<sup>1</sup>

Cuando Esperanza dijo que quería casarse con Bernabé, la madre, en respuesta, le dio una paliza, manera bastante simple, pero que ella estimaba infalible, para quitarle la idea de la cabeza. La muchacha no dio un grito y en cuanto pudo escapó a contarle a la patrona sus cuitas<sup>2</sup>.

—¡Hasta cuándo no me va'ejarse casarme! Cada vez<sup>3</sup> que tengo un pretendiente me lo espanta. Al mocetón de los Machuca lo corretió a lo qu'es piedra<sup>4</sup> de honda. Y sin contar con las apaliaduras que me da. Hable su mercé con ella y llámela a razón. Ando en los veinte años. ¿Es que me quiere ejarse pa vestir santos<sup>5</sup>?

La patrona la miraba, vagamente reflexiva. No era extraño que tuviera pretendientes, linda, bien enseñada, casi como una sirvientita pueblerina, que siempre había vivido allegada a las casas, bajo su protección.

—Pero ¿qué te dice ella?

—Agora no me ijo na. Me apalió no más. Pero otras veces ice qu'ella no mi'ha criado<sup>6</sup> como una flor pa que me coma el más burro. Cosas de veterana... Porque, al fin y al cabo, pue, patrona, yo no soy más que una huasita pa casarme con uno d'estos laos.

—¿Y quién te pretende ahora?

Esperanza vaciló un segundo antes de responder:

---

<sup>1</sup> Para fijar la versión definitiva de este relato se utilizó como texto base el cuento "Piedra callada" de *Obras completas*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1963. Esta edición fue cotejada con las siguientes versiones: "Piedra callada" en *Aguas abajo*. Santiago de Chile: Cruz del Sur, 1943; "Piedra callada" en Nicomedes Guzmán (comp.). *Antología de cuentos. Marta Brunet*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1962; "Piedra callada" en *Antología del cuento chileno*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1963 y "Piedra callada" en *Soledad de la sangre*. Montevideo: Editorial Arca, 1967.

<sup>2</sup> *Cuita*, desventura, tristeza.

<sup>3</sup> En la edición de 1943: "Ca vez".

<sup>4</sup> En la edición de 1943: "piera".

<sup>5</sup> *Vestir santos*, dicho popular que refiere a la condición de soltería femenina permanente.

<sup>6</sup> En la edición de 1943: "criao".

—Bernabé, el de los Villares, el más guaina<sup>7</sup>, el que trabaja en el palo parao, en los cercos<sup>8</sup>.

—Pero si es una bestia... —exclamó la patrona después de una pausa para recordar al mozo<sup>9</sup>.

—Yo lo quiero hartoo... Claro qu'es así, medio lerdo, pero güeno y trabajaor como ni'uno<sup>10</sup>. D'esto puee dar fe cualesquiera en el fundo. Y sin vicios. Arreglao pa toas sus cosas. Es lerdo no más. Eso es too.

La patrona la miraba en suspenso, sin saber qué resolución tomar, porque no era la primera vez que se le presentaba el caso, que la muchachita venía a pedir auxilio para defenderse de la madre, que no admitía más voluntad que la suya. Y no era posible que sistemáticamente se opusiera a que Esperanza se casara. Celos de madre que no tenía sino esa hija, viuda y bregando como una desesperada para criarla, ayudante del molinero al morir el marido, que por años sirvió este puesto, y desempeñándose ella con tal pericia que en verdad era quien dirigía los trabajos.

Ambición de madre que tal vez quería un hombre con mayores posibilidades para marido de la muchacha y no aquellos cachazudos<sup>11</sup> peones que nunca serían otra cosa. Pero ¿dónde hallar ese marido? Su mundo, lógicamente, tenía que ser aquel de campo entre montañas. Su destino, casarse con un mocetón allí nacido. Tener un rancho propio. ¿Qué más? Sí, porque más que eso, que los mocetones hijos de los inquilinos, no había en el fundo hombre alguno soltero. ¿Dónde, entonces, encontrar un marido para Esperanza, que en verdad era superior inmensamente a su medio?

Y cansada de haber cavilado tanto sobre un asunto que le importaba un poco, no mucho, no estaba segura si mucho o poco, la patrona hizo una pregunta que creyó definitiva:

—¿Pero tú estás segura de querer a ese Bernabé?

Esperanza hizo el gesto clásico de arrollar y desarrollar la punta del delantal y contestó sin ambages:

---

<sup>7</sup> *Guaina*, persona joven.

<sup>8</sup> En la edición de 1943: “el que trabaja en el palo a pique”.

<sup>9</sup> En la edición de 1943: “hombre”.

<sup>10</sup> En la edición de 1943: “ni uno”.

<sup>11</sup> *Cachazudo o cachazuda*, persona extremadamente tranquila y lenta.

—Patrona, de toos es el que más hei<sup>12</sup> quería. A los otros los hei<sup>13</sup> quería así no más. A éste lo quero harto. Es güeno y me quere harto tamién<sup>14</sup>. Claro qu'es lerdo<sup>15</sup>... —concluyó con apuro, porque la patrona la miraba sostenidamente, como si quisiera verle el fondo del alma.<sup>16</sup> Y en realidad no la miraba, entregada, como siempre, a sus propios vagos pensamientos.

—Bueno, bueno. Hablaré con tu madre.

—Claro que su mercé —y se puso muy zalamera y era así un encanto, con los ojitos pequeños y muy rebrillosos, y con dos hoyuelos que se le marcaban en las mejillas tan de melocotón pelusiento, y tan arremangada la nariz, y por boca un mohín de niña que se sabe linda y especula con su lindeza— podía irle iciendo al patrón que nos diera rancho, porque así mi mamita no hallaría tanto que icir y ya teniendo rancho seguro, a Bernabé no lo miraría en menos naiden y es claro que too andaría al tiro mejor... Su mercé se lo ice al patrón, ¿no?

—Sí, sí... Ya te conozco... Con lo buena que eres para los arrumacos... Ándate tranquila...

Se quedó pensando, así, yendo de una a otra nebulosa de ideas, que era su manera de pensar, que tal vez podía llevarse a Esperanza a la ciudad como sirvienta, o mandarla a la escuela, o que ayudara a la enfermera que cuidaba a su madre. Hizo un gesto con la mano, como si borrara algo frente a los ojos. No, resultaba aquello mucha responsabilidad. Con lo linda que era la muchacha... A lo mejor, en vez de casarla...<sup>17</sup> —y de repente pensó en el chofer, tan excelente hombre, que tenía su hermana, soltero, que podía enamorarse de Esperanza y casarse con ella—; si, en vez de casarla, pasaba cualquiera de esas cosas feas, que se cree que solo existen en las novelas o en los films y que de repente se hallan también en la vida...<sup>18</sup> Y la madre, la vieja Eufrasia, no iba nunca a dejarla irse, así fuera con ella. Y es claro que con la vieja Eufrasia y con Esperanza no iba a cargar. Aunque a lo mejor la vieja servía para lavandera o para hacer dulces o para abrir la verja cuando llegaban los coches. Volvió a hacer el gesto de borrar algo ante los ojos, algo que estaba allí sin forma. Y terminó por irse muy de prisa a su habitación, que de pronto recordó que era la hora del episodio radial tan lleno de inesperados acontecimientos.

---

<sup>12</sup> En la edición de 1943: “he”.

<sup>13</sup> En la edición de 1943: “he”.

<sup>14</sup> En la edición de 1943: “también”.

<sup>15</sup> *Lerdo o lerda*, persona torpe y lenta. También hace referencia a alguien de escasa inteligencia.

<sup>16</sup> En la edición de 1943 sin punto y seguido.

<sup>17</sup> En la edición de 1943 sin puntos suspensivos.

<sup>18</sup> En la edición de 1943 estos puntos suspensivos corresponden a un punto y seguido.

Por cierto que olvidó hablar con Eufrasia. Pero Esperanza vino a la tarde siguiente y no cejó hasta conseguir que llamara a la madre y tuviera con ella una explicación. De la cual no se sacó nada, porque ese día la patrona estaba más en las nubes que de costumbre, perdida en su limbo, y la vieja quedó triunfante con sus respuestas y sus<sup>19</sup> argumentos.

Era una vieja alta, huesuda, con el perfil corvino y una boca fina, apretados los labios y el inferior sellando una voluntad que sabía su meta, pero que sabía también llegar a ella por atajos, gateando, entre largas esperas, si el camino derecho se ponía dificultoso de obstáculos.

De regreso al molino, sin mayores explicaciones, le dio una paliza a Esperanza. Con lo que ésta entendió que tenía que buscar otro apoyo si quería casarse con Bernabé.

Fue entonces a verse con el patrón, estampa de viejo cuño, señor que parecía la réplica del abuelo que guerreara en<sup>20</sup> la Independencia. Le dijo Esperanza lo mismo que ya le había dicho a la patrona. E inmediatamente el patrón hizo venir a Eufrasia. Diez minutos después salía del escritorio una vieja asequible que se cruzaba con Bernabé —también mandado a llamar por el patrón—, al que saludaba con frío comedimiento<sup>21</sup>:

—Güenas tardes.

A lo que el hombre solo atinó a contestar con un gruñido ininteligible.

Adentro el patrón le dijo:

—Bien. La Eufrasia está conforme con que te cases con la Esperanza. Eres serio y trabajador. Como el casado casa quiere, te voy a dar el rancho de don Valladares en la laguna. Valladares quiere venirse para acá, para estar cerca de la escuela y educar a su parvada de chiquillos, deseo que me parece muy sensato. Te casas y te vas para arriba. El rancho es nuevo. Y allá tienes trabajo para años, que todavía queda por cercar todo ese lado que linda con las termas. Ya hablaré con el administrador sobre las condiciones en que te irás. Y ahora a ser un hombre cabal y a portarse muy bien con la Esperanza.

Contestó Bernabé con otro gruñido ininteligible, dio dos o tres vueltas a la chupalla<sup>22</sup> entre sus manazas, agachó la cabeza y como embistiendo se dirigió a la puerta. Parecía casi rectangular, con los hombros horizontales y unos enormes pies cuyas puntas se volteaban hacia afuera, colgantes los brazos y todo él anudado de fuertes músculos. Sobre ese cuerpo de

---

<sup>19</sup> En la edición de 1967 sin: “sus”.

<sup>20</sup> En la edición de 1943 sin: “en”.

<sup>21</sup> *Comedimiento*, moderación.

<sup>22</sup> *Chupalla*, sombrero hecho de paja y usado comúnmente por los campesinos.

gigante, la cabeza pequeña, redonda, se alzaba sobre el cuello desproporcionadamente delgado, con la nuez enorme y temblona. Una frente estrecha, el pelo duro de escobillón, unos ojillos sesgados y apenas lucientes bajo los pesados párpados cautelosos, una boca de labios gruesos, un cutis lampiño y entre todo ese conjunto negativo en que el espíritu parecía no hallar albergue, la inusitada belleza de unos albos dientes brillosos.

Al llegar al molino, Eufrasia dijo fría y firme a la hija, que la esperaba recelosa y ansiosa:

—El patrón quiere que te casís con Bernabé. Te podís casar cuando se te antoje. Pero desde ese día no tenís más madre.

Fue un corto noviazgo entre los hosclos silencios de Eufrasia, la cháchara de pájaro enloquecido de sol de la hija y el otro silencio del hombre, presencia que enardecía en ira a aquélla y que para Esperanza significaba dos oídos atentos a sus palabras, la aceptación de todos sus propósitos, una defensa latente para —¡al fin!— realizar su voluntad, haciendo caso omiso de la madre.

Bernabé fue al rancho, ya desalojado por don Valladares. Volvió diciendo, con sus pocas<sup>23</sup> palabras tartajosas, que estaba muy bien, que no necesitaba arreglo alguno, que el menaje que llevara a lomo de mula había llegado “sanito”.

Se casaron en el pequeño pueblo cercano, y ahí mismo —tan solo los habían acompañado los testigos y padrinos, que Eufrasia fue terminante para decir que no quería festejos— enrumbaron<sup>24</sup> los recién casados para el rancho, junto a la órbita azul de la laguna, entre las estribaciones de la cordillera.

Eufrasia se hizo más dura, más recóndita, más ahincada en su trabajo. Nada se sabía de la nueva pareja. La laguna quedaba en un extremo del fundo. El camino era tan solo transitable hasta cierta altura por vehículos, y desde ese punto en que se entraba de lleno por desfiladeros entre montañas vírgenes, había una huella para caballares, tortuosa, vadeando torrenteras, yendo de uno a otro lado del río que lentamente cobraba caudal, hasta llegar al fondo de aquel anfiteatro de picachos, arremansándose para formar la tersa extensión de la laguna. De un lado la bordeaba la montaña, espesa, caída hasta dentro del agua; del otro se abría un angosto valle,

---

<sup>23</sup> En la edición de 1963 (*Antología...*) sin: “pocas”.

<sup>24</sup> *Enrumbar*, dirigirse a algún lugar.

y allí, en un altozano, estaba asentado el rancho, edificio de madera, chato, rodeado de cobertizos y casillas. La laguna parecía ciega. Pero en un extremo las montañas curvaban un recodo, se abrían estrechamente en un tajo y por ahí, fragorosamente, entre líquenes y enredaderas, en un ambiente de verde humedad, el agua se arrojaba precipicio abajo para, sobre el fondo de un nuevo cauce, seguir su tumultuosa búsqueda del mar.

Del lejano rancho no podía nadie traer noticias. Eufrasia parecía no aguardarlas. Nunca mentaba a la hija. Con un sordo rencor hacia ella. Con un sordo resentimiento hacia los patrones, que le impusieran ese matrimonio. Que fuera feliz o desgraciada le era igual. Se abroquelaba<sup>25</sup> en esa indiferencia.

—No me importa... No me importa na... Que sufra si es que tiene que sufrir... ¿Pa qué se casó? Ella bien sabía lo que hacía...

Pero el “Que sufra...” era la repetida cantinela de su corazón, ritmo de su sangre, rueda como la del molino, jamás detenida y siempre moliendo renovado grano.

Ni siquiera tenía Bernabé necesidad de venir a las casas para proveerse, porque en aquel fundo enorme, encomienda que fuera en tiempos coloniales, había cinco mayordomías bajo el mandato de una administración general y el hombre estaba ahora a las órdenes del mayordomo de la hijuela<sup>26</sup> Primera y allí debía llegarse para su abastecimiento y todo lo concerniente al trabajo. Hacía un viaje cada tantos meses. Y una vez al año el mayordomo iba hasta la laguna para echar una mirada a los cercos. De las venidas de Bernabé a la hijuela Primera poco se sacaba, que el hombre seguía siendo callado y a las preguntas contestaba con atropelladas palabras y no muchas. Era el mayordomo el que traía noticias:

—¡Tá de canija<sup>27</sup> la Esperanza! ¡Parece palo di'ajo<sup>28</sup>! Con tanto chiquillo, también, no es pa menos. Y sin salir nunca del rancho. Trabajaora, eso sí, lo mismo qu'él. ¡Bestia igual no si'ha<sup>29</sup> visto! Viera, vieja, el muelle que si'ha<sup>30</sup> hecho en la launa<sup>31</sup> y un bote de lo más encachado<sup>32</sup>, y como hay tanta pesca, se las arregla lo más bien pa tener toos los días su caldillo de trucha o de salmón. ¡Viera! Y el rancho lo más acomodao. Porqu'ella es tan señorita, la

---

<sup>25</sup> *Abroquelar*, resguardar.

<sup>26</sup> *Hijuela*, parcela que se forma de la división de un fundo mayor.

<sup>27</sup> *Canijo o canija*, persona enfermiza y débil.

<sup>28</sup> En la edición de 1943: “di ajo”.

<sup>29</sup> En la edición de 1943: “si ha”.

<sup>30</sup> En la edición de 1943: “si ha”.

<sup>31</sup> En las ediciones de 1943, 1962 y 1967: “láuna”. En la edición de 1963 (*Antología...*): “laúna”.

<sup>32</sup> *Encachado*, bien presentado, atractivo. En las ediciones de 1943 y de 1963 (*Antología...*): “encachao”.

Esperanza, da gusto. Si no estuviera tan flaca.<sup>33</sup> La mocosa<sup>34</sup> mayor es igualita a ella, a la Esperanza: los mismos ojos y lo mesmito e donosa<sup>35</sup>...

La mujer del mayordomo, doña Cantalicia, inventaba viaje a las casas, especialmente para contarle estas novedades a Eufrasia. Que apretaba los labios, remarcando ese gesto que la semejaba a una máscara voluntariosa; que endurecía el filo de la mandíbula, cerrando con el labio inferior el otro desaparecido bajo su presión. Pero no hacía comentario alguno, para grande enojo de doña Cantalicia.

“Porque hasta a las bestias les debe gustar saber de sus crías...”, se decía muy alborotada por dentro. Y se desquitaba en interminables chácharas<sup>36</sup> con el otro mujerío de las casas.

Eufrasia cumplió treinta años en el molino. ¡Treinta años! Una vida. El patrón la llamó y con su manera recta y sin discusión, le dijo que se la jubilaba con sueldo íntegro y que podía elegir entre seguir en el molino, en el departamento que había ocupado siempre, pero sin intervención alguna en el trabajo, o vivir en las propias casas de los patrones, en algunas piezas que le destinarían y haciendo lo que quisiera. ¡Que bien ganado tenía el derecho al descanso!

—No estoy cansá. No preciso descanso —protestó, agregando en seguida, rápidamente—: Pero si su mercé ha dispuesto ya lo que quiere qui'haga<sup>37</sup>..., no hay más que agachar la cabeza y decir amén...

—¿Quiere quedarse en el molino?

—Pa mí el molino es el trabajo. No tengo pa qué quearme allá si voy'estarme mano sobre mano.

—Hable entonces con mi mujer y arreglen el traslado. Hay dos piezas en el último patio, que le serán cómodas.

—Gracias —dijo la vieja secamente, y obligándose a una mayor amabilidad, añadió—. Muchas gracias por too.

Se instaló en esas dos piezas que le asignaban. Pasó días de días hoscamente encerrada en ellas y en sí misma. Pero al cabo empezó a abandonar su rincón y a tomar parte en las actividades de la enorme casa. Un día, sin que nadie se lo pidiera, limpió, sin ayuda alguna y en

---

<sup>33</sup> En la edición de 1943 este punto y seguido corresponde a puntos suspensivos.

<sup>34</sup> *Mocoso o mocosa*, niño o niña.

<sup>35</sup> *Donoso o donosa*, persona con donaire, gracia.

<sup>36</sup> *Cháchara*, conversación entretenida.

<sup>37</sup> En la edición de 1943: “qui haga”.

la forma más prolija, todos los vidrios de la galería. Otro se fue con un colchón a cuestras hasta un extremo del patio y allí organizó un verdadero taller, escarmenando lana, lavando telas, rellenando, cosiendo. Apenas daba término a una de estas labores, oteaba por la casa y sus dependencias hasta dar con otra.

Los años no le desgastaban la energía. Esos mismos años que en los demás habían ido acentuando características, y así la patrona, dulce y distraída, exclamaba al verla trajinando, con un acento cantante como *ritornelo*<sup>38</sup>:

—¡Qué perla es esta Eufrasia! ¡Qué perla es esta Eufrasia!

De regreso de sus paseos a caballo, al caer la tarde, el patrón solía encontrarla ayudando a rodear los chanchos o los terneros, manejando la honda para avivar a los rezagados:

—¡A ése, Eufrasia! ¡Buen tiro! —y con una de sus súbitas sonrisas agregaba con la voz autoritaria que no resquebrajaba el tiempo—: Pero no ponga piedras grandes, que de repente va a dejar rengo a un animal...

Un día llegó doña Cantalicia. Como siempre, con su alforja de novedades.

—La Esperanza tá harto enferma. Tanto chiquillo y tanto aborto, no es pa menos, así ice mi viejo. Y Bernabé no quere saber na de llevarla pa'l pueblo pa que la vea el doutor. ¡Tan bestia el pobre! Con razón usted no fue gustaora d'este matrimonio. Pero el caso es que la Esperanza tá en los puros güesos; a veces pasa días sin poder levantarse, y cuando se levanta, anda a la pura rastra no más. Yo sé que a usted no le gusta na que li'hablen<sup>39</sup> d'estas cosas, pero a mí se me le hace pecao no venir a icírselas.

—Gracias por lo comedia<sup>40</sup> —contestó Eufrasia, y se volvió de perfil, dando por terminada la conversación.

Aquello le hurgaba adentro como un *cominillo*:<sup>41</sup> “Enferma... En cama... A la rastra...” Pero se volvía furiosa consigo misma y se imponía la vieja frase rencorosa: “¡Que sufra! ¡Que sepa lo qu'es güeno!... ¡Que se friegue!...” Pero la frase no podía tomar su antiguo ritmo de estribillo, ahogada por las olas de inquietud, cada vez más fuertemente repercutiendo en su interior, acantilado en tormenta.

Poco tiempo después la llamó el patrón.

---

<sup>38</sup> *Ritornelo*, estribillo.

<sup>39</sup> En la edición de 1943: “li hablen”.

<sup>40</sup> *Comedida*, persona servicial.

<sup>41</sup> *Cominillo*, escrúpulo, duda o recelo moral que despierta en la conciencia un hecho o una acción. Por otra parte, en la edición de 1943, los dos puntos después de “cominillo” corresponden a un punto y aparte.

—Mire, Eufrasia, me avisa el mayordomo de la hijuela Primera que Bernabé pasó para el pueblo con la Esperanza enferma. Está en el hospital. Los chiquillos quedaron solos en el rancho. Creo conveniente que se vaya a cuidarlos.

—Yo no voy onde naiden me llama...

—Pero va donde la manda su patrón. —Se hallaron sus ojos y la vieja al fin desvió los suyos, como siempre, ante esa voluntad de hombre y de señor.

—Tá bien, patrón.

—Arregle sus cosas. Ya di orden para que mañana al alba vaya un mozo a dejarla. Se van en cabriolé<sup>42</sup> hasta la hijuela Primera, de ahí siguen a caballo y llevan su equipaje en una mula. Vea allá cómo están las cosas, quédese el tiempo que estime conveniente. Ya hablé por teléfono con el mayordomo para decirle que advierta a Bernabé que usted estará<sup>43</sup> cuidando a los niños por orden mía.

—Gracias —pareció aliviada, como si las olas que continuaban pegándole en el pecho se hubieran de pronto vuelto mansas. No habló una palabra más.

El mozo que hizo con ella el camino la miraba de soslayo, un poco incómodo con esa compañía silenciosa, admirado al propio tiempo por la entereza de Eufrasia, que aguantaba barquinazos<sup>44</sup>, polvo y viento, calor, sed y fatiga, sin una protesta.

Doña Cantalicia tenía noticias nuevas.

—Mi viejo telefoneó pa'l hospital, por orden del patrón, no se le imagine que por novedosear nosotros. Habló con la Madre Superiora, que le'ijo, después de muchas demoras pa consultar al doutor, que a la Esperanza tenían que operarla del interior, usté sabe, y que icía el doutor que una vez que la operaran tenía por lo menos pa un mes de cama y que después d'ese mes él vería si la ejaba o no irse pa'l rancho. Que no es bien grave lo que tiene, pero qu'es grave.

La vieja apretó los labios, presentó el perfil por sobre el cual sintió que pasaba un hálito de pozo, y no dijo nada.

No parecía haberle hecho mella el cansancio al llegar a la laguna. Inmediatamente ordenó el revoltijo que era todo, sucio y despatarrado<sup>45</sup>. Empezando por Venancia y los cinco

---

<sup>42</sup> *Cabriolé*, carruaje de dos puertas con capota. El término también refiere a un tipo de automóvil descapotable.

<sup>43</sup> En la edición de 1943: "está".

<sup>44</sup> *Barquinazo*, vaivén y movimiento brusco de un carruaje.

hermanitos. Que, llenos de azoro, no sabían qué actitud tomar ante esa abuela que aparecía sin anuncio previo y de cuya existencia tenían tan vagas noticias. Una abuela que los miraba sostenidamente, que sobre la cabeza de cada cual fue poniendo una mano con gesto que no alcanzaba a ser una caricia, sino una especie de toma de posesión, a la par que le preguntaba el nombre. En seguida examinó rancho y dependencias y empezó a dar órdenes, a trabajar ella misma, con ese método que obraba el milagro de la rapidez.

Antes de irse, al amanecer del otro día, el mozo vio un rancho en perfecto aseo y unos chiquillos limpios y sumisos al mandar de la abuela. Y llevaba una lista de cosas absolutamente necesarias, lista que Eufrasia enviaba al patrón con una carta, pidiendo que se las comprara a su propia cuenta<sup>46</sup> y que por favor se las hiciera llegar en seguida. A más de otras cosas de su propio menaje. Y el patrón entendió aquello e hizo que el mozo volviera con una recua<sup>47</sup> cargada. Así fue como los niños por primera vez vieron una máquina de coser y cada cual durmió en su cama y tuvieron ropa a la que se pudiera llamar tal y no andrajos.

Una semana después llegó Bernabé. Ya había digerido, pero malamente, la noticia que le dieran en la hijuela Primera. Saludó con un gruñido a la vieja. Que le contestó con otro similar. Y se quedaron mudos, pensando el hombre que no le hablaría de la Esperanza si ella no le preguntaba, empecinada la vieja en no preguntar nada si él no daba espontáneamente noticias.

Fue Venancia la que intervino.

—¿Tá mejor la mamita?

—Tá mejor, más aliviá —y no agregó otro detalle.

—¿Se levanta ya?

—No..., y no más preduntas. Cébame<sup>48</sup> un mate...<sup>49</sup>

El hombre paseaba por el rancho una lenta mirada de soslayo. Parecía aquello como cuando la Esperanza estaba sana, en un tiempo tan lejano que no alcanzaba a precisarlo.

---

<sup>45</sup> *Despatarrado*, abierto excesivamente de piernas. En este caso el término alude a un equipaje disperso en el suelo.

<sup>46</sup> En la edición de 1943: “a cuenta de su sueldo”.

<sup>47</sup> *Recua*, conjunto de animales de carga

<sup>48</sup> *Cébar*, añadir agua caliente a la yerba mate.

<sup>49</sup> *Mate*, bebida con propiedades estimulantes, típica de América del Sur y muy popular en localidades de Brasil, Argentina, Paraguay, Uruguay, Bolivia y Chile. La infusión se prepara con yerba mate, cuyas hojas son secadas, molidas y remojadas en agua caliente. La manera de consumir el mate es mediante una bombilla. El mate tiene su origen en la cultura guaraní y con la llegada de los colonizadores se extendió rápidamente por distintas regiones de Sudamérica.

Cuando recién se casaron. Por ahí... Y no había tanto chiquillo. La verdad era que los chiquillos lo habían arruinado todo. Porque la culpa de la enfermedad de la Esperanza la tenían los chiquillos, tantos chiquillos. Parir y parir. ¡Pobrecita!... Y le temblequeó la nuez en una súbita emoción. Lo que faltaba era que fuera a morirse no más. Estaba tan flaquita, tan blanca, tan sin fuerzas cuando se despidió de ella. El doctor le había dicho que volviera a verla pasado un mes. Bueno... Así era la vida... Y la vieja ahora en el rancho. ¿Por qué el patrón se metía en cosas que no le importaban? ¿Por qué había mandado a la vieja al rancho? Su rancho era suyo. Faltaba más... Echó otra mirada en contorno, sostenida, deteniéndose en cada cosa. Cuando llegó a la máquina, sin volverse, dijo despaciosa y trabajosamente:

—Parece que se trajo toas sus pilchas<sup>50</sup>. ¿Qué se le imagina que va a vivir pa siempre en el rancho?

—Mientras el patrón no mande otra cosa...

El hombre masculló algo y siguió mirando.

También era cierto que él, solo con la chiquillería y con aquella Venancia que no sabía hacer nada, tan quedada para todo, tan sin asunto...

Miraba ahora, ceñudo, el candil que la vieja encendía.

—No soy gustoso d'esos<sup>51</sup> lujos —dijo atascado con las palabras más que nunca, porque estaba furioso.

—Los pago yo —contestó la vieja firmemente.

Una semana después vino un recadero de la hijuela Primera. Habían avisado del hospital que Esperanza estaba gravísima. Partieron ambos, el recadero y Bernabé y días después regresaba el hombre, como si de golpe la cabeza se le hubiera enterrado entre los hombros y los brazos colgantes. Esperanza había muerto.<sup>52</sup>

La vida giró por un tiempo en torno a la ausente. Se hablaba de la “difunta”, los niños tenían largas confidencias con la abuela y hasta el hombre, alguna vez en que el recuerdo lo ahogaba, decía algunas palabras en que volcaba su tristeza.

Pero en la abuela el reconstruir lo que había sido la existencia de Esperanza en esos años, hecho a través de las historias interminables de los niños, se convirtió en palos, virutas,

---

<sup>50</sup> *Pilcha*, vestimenta en mal estado.

<sup>51</sup> En la edición de 1943: “de'estos”.

<sup>52</sup> En la edición de 1943 se presenta un espacio mayor entre este párrafo y el siguiente.

estopas, montón al cual ella sentía, con una especie de frío miedo, que en cualquier momento iba a prender el fuego de su viejo rencor, que era ahora odio por el hombre.

Decía un niño:

—Allí, en la montaña, ebajo del roble con copigües, enterraba el taita a las guagüitas<sup>53</sup>.

O decía Venancia:

—Si se lo pasaba encima d'ella y despué era el lamientarse<sup>54</sup> porque s'embarazaba.

Y otro de los niños añadía:

—A veces ella lloraba harto y gritaba. ¿Te acordái?

—Y la vez que la Venancia jue y le gritó: “Ejela, éjela, no ve que s'está muriendo”.

—Y la tunda<sup>55</sup> qu'él le dio.

—¿A quién? —preguntó la abuela.

—A la Venancia, pus<sup>56</sup>, por intrusa.

Eufrasia no hablaba de irse. Bernabé no decía que se fuera. De las casas no había noticia alguna.

Empezó el invierno. Viento que bajaba de la cordillera, afilado y silbante, cortando las hojas y burlándose de las desnudas ramas de los árboles. No se oía el insistente barullo de las cachañas<sup>57</sup> y tan solo algún lento pájaro de presa rayaba el cielo con la rúbrica amenazante de su vuelo. Pájaros que no contaban con Eufrasia, su honda y su prodigiosa puntería que los alcanzaba, y era entonces la algarada de los niños buscando el ave muerta por valle y montaña.

Las nubes llegaban del norte, negras, grises, blancas; se confundían, hacían y deshacían arquitecturas monstruosas, se iban. Pero a veces se amalgamaban hasta formar una sola nube gris y baja, y entonces la lluvia caía, persistente, interminable, desesperante. Aclaraba; apenas si había un día, dos, tres a lo sumo, de bonanza, y de nuevo empezaba el juego del viento y de las nubes, hasta que otra tormenta hacía desaparecer en los hilos de lluvia la montaña y la laguna, aislando a la familia en el encierro del rancho, en lentas, interminables horas, días, semanas, indistintos, abrumadores hasta la atonía.

Para la abuela siempre había actividad. Quehaceres domésticos. Costuras. Tejidos. Enseñar a los niños. El hombre se iba a uno de los cobertizos y con el hacha en un constante

---

<sup>53</sup> *Guagua*, bebé.

<sup>54</sup> En la edición de 1962: “lamentarse”.

<sup>55</sup> *Tunda*, paliza.

<sup>56</sup> En la edición de 1943: “pué”.

<sup>57</sup> *Cachaña*, loro que habita en el sur de Chile.

revoleo brillante, picaba leña para el hogar, que debía mantenerse siempre encendido, evitando que el frío se metiera en los huesos hasta entumecer. Pero todo trabajo cobraba mecanismo. Se hacía sin gusto, sin disgusto también. Se hacía. Lo demás era el tozudo caer de la lluvia, el grito del viento, el retumbo de un árbol derribado en la montaña. Y esperar que la lluvia se hiciera menos agresiva, que la rastra del viento sur se llevara los nubarrones.

La peor tempestad empezó dentro del rancho una tarde en que la abuela dijo:

—Cuando usted se güelva'casar... —mirando al hombre bien de frente.

Bernabé removió la cabeza, tortuosamente en los movimientos y en las ideas.

—¿Golverme a<sup>58</sup> casar?

—Sí, es claro. Un viudo no sirve pa na. Usted es joven entuavía<sup>59</sup>. Un hombre con rancho tiene que tener mujer propia.

—¡Je! —gruñó, quedándose perplejo.

—Ya le tendrá echao el ojo'alguna —continuó la abuela, liando<sup>60</sup> un cigarrillo.

—Las cosas...<sup>61</sup>

Pero Eufrosia cometió la imprudencia de mostrar sus cartas.

—Por los chiquillos no s'aflija. Yo me los llevo pa las casas a toos, a la Venancia también, y usted quea librecito, mesmamente que si fuera soltero.

El hombre terminó despaciosamente de sorber el mate y se lo entregó a Venancia, que, de pie, aguardaba inmóvil.

—Los chiquillos son míos y del rancho no se los lleva naiden. ¡Faltaba más!...

—Pa usted sería una ventaja...

—Ya le ije que los chiquillos no salen del rancho. ¿Entiende?

Eufrosia terminó despaciosamente de liar el cigarrillo, agarró las tenazas y sacó un tizón del hogar, haciendo nacer una súbita pirotecnia que iluminó sus facciones de tierra dura y resquebrajada, como de secano.

—¿Y usted se le imagina que va'hallar mujer que quera enterrarse en estos andurriales<sup>62</sup>, pa hacerse cargo, más encima, de seis chiquillos? Las cosas...

---

<sup>58</sup> En la edición de 1943 sin: "a".

<sup>59</sup> *Entuavía*, todavía.

<sup>60</sup> *Liar*, envolver.

<sup>61</sup> *Las cosas*, expresión coloquial para referirse a ocurrencias exageradas o demasiado imaginativas.

<sup>62</sup> *Andurrial*, paraje o sitio perdido de los caminos de mayor tránsito.

Por el pecho del hombre empezó a crecer la violencia, como algo vivo que le anduviera en la sangre, que temblara<sup>63</sup> en sus músculos, que refulgiera en la mirada torva fija en el fuego.

—Y usted no es hombre pa pasarse sin mujer. Lo que me parece raro es qu'entuavía no haya salío a buscar alguna. Claro que otra como la Esperanza no va'hallar...

La oía sin entender el sentido exacto de todas las palabras, ensordecido por la violencia que ahora le golpeaba en el cerebro. De repente sintió, sí, la necesidad de hacer algo: remecer el rancho hasta destruirlo, agarrar a la vieja y echarla de cabeza a la laguna...

Bruscamente una de sus manos se extendió haciendo saltar el mate que Venancia le ofrecía.

—¿Quere callarse? ¿Quere callarse su boca? ¿Quere no meterse en lo que no l'importa?

Eufrasia se volvió de perfil, apoyó los codos sobre las rodillas, juntó las manos dejándolas caer casi hasta tocar el suelo y se quedó muda e inmovilizada, con el cigarrillo colgando en un ángulo de la boca, adherido allí, y de pronto marcando la punta roja de su fuego.

El hombre movía la cabeza de uno a otro lado, mascullando palabrotas, echando aviesas miradas de furor en contorno. Venancia recogió el mate, rodado en un rincón, la bombilla en otro sitio. Pero ¿cómo recoger la yerba desparramada? Se volvió a la abuela, que no le dio los ojos, aunque bien sabía que la estaba mirando y que, desesperadamente, la consultaba: en una mano el mate, en la otra la bombilla. Se volvió tímidamente al padre y al fin preguntó:

—¿Le cebo otro mate?

—No. Y naiden más toma mate esta noche. A la cama toos...

Los cinco chiquillos que pelaban papas en el corredor, un instante levantaron la cabeza y por la puerta atisbaron dentro, donde ya la noche alquitranaba el cuarto y el fuego ponía la mancha de sus largas lenguas humosas.

Uno le dio con el codo a otro y murmuró:

—¡Tá p'apaliarlo!

—Cállate...

—Menos mal que l'agüela...

—Cállate...

El hombre gritó, como si la violencia lo anegara de nuevo con su corrosivo veneno:

---

<sup>63</sup> En la edición de 1943: “temblaba”.

—A la cama hei dicho... ¿Que no entienden?

Los chiquillos entraron la batea<sup>64</sup> con las papas peladas, el balde con las papas sin pelar; amontonaron las cáscaras, guardaron los cuchillos.

La abuela gritó sin enojo, sorprendiéndolos:

—Ya saben qui'hay que lavar los cuchillos. Condenaos porfiaos...

Los cinco pares de ojos, azorados y tiernos, se volvieron a mirarla. Sonrieron, sacaron los cuchillos, los lavaron y los guardaron de nuevo.

—¡A la cama! —insistió el hombre, obsesionado con su idea—. ¡Qué más se demoran!

Entraron de soslayo, atropellándose, y desaparecieron por la puerta que daba a la habitación en que estaban los pequeños catres de campaña y en un rincón el otro más ancho en que dormía la abuela con Venancia.

El hombre se puso de pie y se llegó a la puerta de entrada, cerrándola de un golpe que retembló en el rancho entero. Se volvió, miró a la vieja, siempre inmóvil, y dijo, a empellones con las palabras:

—Ya una vez me salí con la mía. Y me casé con la Esperanza... No se le imagine que agora se va a salir con la suya y se va a llevar los chiquillos. Los chiquillos se quean en el rancho. La que sobra en el rancho sos vos... Ya lo sabís... —y se volvió a la otra puerta, que marcaba su dormitorio, donde, pomposamente, campeaba la marquesa<sup>65</sup>, regalo de casamiento de la patrona y orgullo del menaje.

La vieja no contestó ni hizo un movimiento. Roía su rencor. ¡Se la había ganado una vez! Bueno: a ver quién ganaba ahora... Pero a la par que tragaba esas migajas acres, estaba atenta a los ruidos que venían del dormitorio. Cuando se hizo el silencio que justificaba tan solo el crepitar de la leña dentro del rancho y el insistente silbido del viento en el exterior, Eufrasia se levantó pasito<sup>66</sup>, cebó el mate, sacó pan y empezó a ir y a venir como alimaña nocturna con elástica precisión, sirviendo a los niños, silenciosos y encantados con la aventura<sup>67</sup>.

---

<sup>64</sup> *Batea*, artesa o recipiente grande, hecho usualmente de madera, que se usa para lavar.

<sup>65</sup> *Marquesa*, cama de madera tallada.

<sup>66</sup> *Pasito*, movimiento lento y silencioso.

<sup>67</sup> En la edición de 1963 (*Antología...*) no existe un espacio mayor entre este párrafo y el siguiente.

La violencia ya no salió del pecho del hombre. Estaba siempre allí, persistente. A veces, en medio de un trabajo, en ese revoleo del hacha sobre su cabeza, la sentía tan viva que, desconcertado, con esa tarda comprensión que era la suya, dejaba de lado la herramienta y se quedaba mirándose las manos, porque allí, como en el pecho, sentía efectivamente que le andaba algo, un hormigueo que lo impulsaba a empuñarlas y a pegar. Apenas hablaba con los suyos. Uno que otro gruñido para dar una contestación. Una o dos palabras para impartir un orden. Vivía reconcentrado. Odiaba a la vieja. Odiaba a los hijos. Odiaba al patrón. Odiaba a la Esperanza, tan endeble, tan poco hembra, incapaz de resistir un embarazo, incapaz de parir... Y que había muerto dejándolo solo, con la chiquillería y con la vieja... Dejándolo solo, sin mujer, que era lo principal, porque él necesitaba mujer, para eso era hombre, para ayuntarse<sup>68</sup> y tener hijos. Irse a morir la Esperanza... Y aquella vieja que le quería quitar los chiquillos. ¿Por qué, si eran suyos? Intrusa... Los chiquillos eran suyos, para que él hiciera con ellos lo que le diera la gana. Todos. Los chiquillos y la Venancia. Para apalearlos si se le antojaba. Para dejarlos sin comer. Iba a aprender la condenada vieja aquella...

Se le hizo costumbre pegar a los niños. Por cualquier cosa. Por nada. Tremendas palizas con sus manazas como martillos. La vieja al principio no quiso intervenir. Cuando lo hizo, el hombre la miró enfurecido y le gritó:

—Acuérdese cuando le pegaba a la Esperanza...

—Ojalá que la hubiera matao entonces. No hubiera vivió la vía e perros que vos le diste, bandío...

El hombre avanzó hacia ella amenazante. Pero la vieja se irguió con los ojos tan llenos de llamas de odio, tan dura la boca, tan tremendamente iracunda, que el hombre dejó a medio hacer el gesto.

—Anímate a tocarme y verís lo que te pasa...

No sabía qué podía pasarle al hombre, capaz de aniquilarla sin otra ayuda que sus poderosas manos. No sabía el hombre qué podía hacerle de dañino la vieja. Pero el caso es que repentinamente agachó la cabeza, se volvió con los brazos colgantes y abandonó el rancho.

Había ganado esta vez. No sabía Eufrasia en gracia de qué. Pero ¿y otras veces?

Afuera seguía la lluvia, con las bonanzas más largas y más seguidas. El viento era siempre el mismo, duro y tajante. A veces parecía acallarse, adormecerse en una inesperada tibieza, en una especie de momentáneo relente de claras nubes. Una mañana amaneció el cielo

---

<sup>68</sup> *Ayuntarse*, juntarse o realizar el coito.

limpio y el sol hizo brillar en quebradizos cristales, en repentinas irisaciones<sup>69</sup>, todo el hielo que el frío escarchara con la complicidad de la noche.

Los niños corrían enloquecidos por la blanca superficie resbaladiza. Venancia se estiraba como un gato, con los ojos cerrados, dejando que el sol le recorriera la cara en escorzo. Eufrasia trajinaba presta y silenciosa. Bernabé estaba lejos, revisando el embarcadero, el puente tendido sobre el tajo y que unía las dos laderas de la montaña por sobre el fragor de las aguas, los cercos de palo parado<sup>70</sup>, troncos de árboles fraccionados y enterrados uno junto a otro, en interminables filas para demarcar potreros.

Volvió el hombre a media tarde, malhumorado y por excepción comunicativo.

—Del muelle han queao tan solo unas estacas. Hay qui'hacerlo too de nuevo. Menos mal que las cercas y el puente no han sufrío mucho. Hay trabajo pa rato con el muelle...

Uno de los chiquillos dijo:

—¿Me lleva mañana pa la montaña pa que li'ayude, taita?

—Y a nosotros tamién..., por favorcito... —dijeron los demás a coro y en el mayor alborozo.

Eufrasia, sentada en su habitual sitio junto al fuego, silenciosa y de perfil, apretó los labios, marcando la arista de su disgusto.

—A mí tamién, taitita... —agregó Venancia, acercándose al hombre, zalamera, risueña porque los hoyuelos estaban siempre allí, en las mejillas marcándose, risueña aunque la risa no se dibujara en la boca. Y le rebrillaban los pequeños ojitos perdidos entre la franja negra de las pestañas, largas y arqueadas. Igual a la madre.

—Esperanza... —murmuró el hombre, y se la quedó mirando con la boca abierta y temblorosa la nuez—. Esperanza..., por Diosito que se le parece, da susto... —añadió como hablando para sí mismo.

La vieja, siempre de perfil, lo espiaba de reajo.

Los chiquillos y Venancia gritaron a coro:

—Nos lleva..., nos lleva...

El hombre parecía seguir algo que ocurría en su interior. Se miró las manos, donde empezaba a hurgarle la violencia. Las empuñó. Y de repente se echó sobre los chiquillos,

---

<sup>69</sup> *Irisación*, reflejo de luz que se observa en ciertas superficies, en las se visualizan algunos colores del arcoíris. Fenómeno meteorológico que se manifiesta con la aparición de colores en la nubes.

<sup>70</sup> En la edición de 1943: “palo a pique”. En la edición de 1963 (*Antología...*): “paloparado”.

espantándolos a golpes que caían indistintamente sobre cualquiera de ellos. Sobre Venancia. La niña empezó a sangrar por la nariz, llorando a gritos. Y no atinó a huir como los otros.

—¡Válgame Dios! —dijo la abuela, y se alzó a auxiliarla.

Pero el hombre se había quedado de nuevo mirándose las manos y, también de súbito, sintió que en el pecho algo se deshacía en una tibia avalancha, como si llorase por dentro. Igual que una marejada caliente. Y se acercó a Venancia, casi al mismo tiempo que la abuela.

—Bestia..., déjala... Un día vai a salir acriminándote con uno de tus hijos...

El hombre se revolvió, porque la violencia regresaba y le corría por los músculos, anidándosele allí, junto a la garganta, y que le hormigueaba en las manos. Gritó:

—Pa eso es m'hija... Pa hacer con ella lo que se me le ocurra... Con ella, con los chiquillos y con vos también... —Esta vez alcanzó a darle un puñetazo, pero no más, porque la vieja, prodigiosamente ágil, más rápida de pensamiento que él, se esquivó en seguida y salió del rancho.

Se fue al cobertizo del horno y allí se acurrucó, dura, con la cabeza ladeada, de perfil, ardidada la mejilla donde recibiera el golpe. Pero más le ardía la ira por dentro. Los palos, las estopas, los leños acumulados. Ya no eran un peso, sino una llamarada. ¿Qué estaría haciendo en el rancho la Venancia? ¿Le estaría pegando el muy criminal? No, porque no se oían gritos y ella podía separar ruidos, clasificarlos, labor necesaria a su trabajo de antes en el molino, que con sentir su jadeo sabía si andaba bien, si andaba mal y dónde entonces ubicar la falla. Los chiquillos estaban lejos, jugando en la ladera, olvidados de los golpes. A la niña le sangraba la nariz. Pero<sup>71</sup> ¿qué estaba haciendo allí, sangrando? La chiquilla, que se parecía tanto a la Esperanza, ¿no? Bueno. Pero ¿por qué no salía a juntarse con ella? ¿Qué hacer? Bruscamente se decidió. Volvió al rancho.

La chiquilla se restregaba la nariz con un trapo. Bernabé estaba derrengado<sup>72</sup> en una silla, lelo<sup>73</sup>, y más que nunca le temblaba la nuez. No pareció darse cuenta de la presencia de Eufrasia.

---

<sup>71</sup> En la edición de 1943: “Pero ¿qué hacía esa desgraciada que no salía del rancho?”.

<sup>72</sup> *Derrengar*, doblar.

<sup>73</sup> *Lelo*, atontado.

De frente, si era posible. Si no, por caminos tortuosos, gateando. Una vez había perdido, sí. Pero esta vez ganaría. De frente era irse a las casas y contarle al patrón lo que pasaba en el rancho. Y que él interviniera, le quitara los chiquillos al hombre y se los diera a ella. No necesitaba más piezas, que aquellas dos en el patio del fondo eran harto grandes y podían todos acomodarse perfectamente. Era la única salvación.

El tiempo se iba lentamente afirmando en la bonanza, las aguas también lentamente bajaban y en dos semanas más sería posible irse hasta la hijuela Primera. ¡Claro que el hombre no iba a querer acompañarla, y ese camino era tan malo! Aunque las bestias saben mejor que nadie buscar la huella. Se iría. Era lo mejor. Pero resultaba tremendo dejar a los chiquillos solos. ¡Si se pudiera ir a escondidas con la Venancia! Imposible. La Venancia, tan lerda<sup>74</sup>, tan arrevesada y que ahora le tenía un terror<sup>75</sup> pánico al padre, después que le pegara... ¿Y si ella se iba sola y pasaba algo en el rancho? Pero ¿qué iba a pasar, qué? Nada..., y se encogía de hombros. Algo pavoroso, oscuro y latente la inmovilizaba allí. No sabía qué. Miedo a algo impreciso. Un irrazonado miedo.

En la siguiente trifulca<sup>76</sup>, otra tarde en que Bernabé les pegó a todos, incluso a ella, sin motivo aparente, sino por satisfacer el hombre aquello que le hurgaba en las manos y que a veces le hacía doler los ijares<sup>77</sup>, Eufrasia le gritó a tiempo de huir:

—Ya arreglarís cuentas con el patrón...

Y se quedó petrificada al oírlo contestar, mordiendo y ahogándose con las palabras, las manazas colgantes y los ojos perdidos en la carnosidad de los párpados:

—El patrón... Cuando me vea... Con agarrar a los chiquillos y mandarme muar pa otro lado. El patrón... Tanto cuco<sup>78</sup> con el patrón... Que se meta en sus cosas el patrón...

Se había hecho costumbre en Eufrasia, ahora que el tiempo estaba despejado, irse a sentar bajo el cobertizo del horno. Llevaba una banqueta, la costura o el tejido, y allí se estaba las horas, solitaria, en espera de que regresaran el hombre y los niños, porque también en él se había hecho costumbre llevárselos para el trabajo desde el alba. Lo que a los chiquillos llenaba de holgorio, olvidados de los golpes y de las palabrotas en cuanto se trataba de irse por la laguna para atravesar a la montaña frontera o quedarse esperando que picara el salmón o

---

<sup>74</sup> *Lerda o lerdo*, persona de movimientos pesados, alguien torpe.

<sup>75</sup> En la edición de 1943: “miedo”.

<sup>76</sup> *Trifulca*, desorden o pelea entre varios.

<sup>77</sup> *Ijar*, término coloquialmente usado en plural (ijares) que se refiere a la zona del bajo vientre.

<sup>78</sup> *Cuco*, ser imaginario con el que se intimida a los niños.

ayudando al padre en la tarea de elegir los árboles que habría de derribar para fraccionarlos y hacer después con ellos los cercos, o si no en aquella otra aventura, maravillosa, que consistía en atravesar haciendo equilibrios el puente tendido sobre el tajo, pasarela primitiva y peligrosa.

Regresaban hambrientos y cansados. Eufrasia tenía lista la comida, que servía Venancia desmañadamente, y luego el hombre daba orden de acostarse. Y estaban los chiquillos tan rendidos, tan absolutamente rendidos con la caminata, el aire y el sol, tan ahitos de comida, que caían como piedras al fondo del sueño, sin que la abuela pudiera obtener de ellos la más mínima información de lo que habían hecho en el día.

Otra vez ganaba el hombre... Y ella allí, como una buena tonta, trabajando el día entero para que “su mercé” hallara el pan dorado, el sabroso caldillo, las papas asadas y el agua hirviendo para cebar el mate. Y la ropa limpia y el rancho como una plata... Tonta...

Empezó a merodear por los contornos. Hacía sigilosos viajes por el sendero hasta enfrentar el puente sobre el tajo. Se perdía en la maraña de los árboles, de los arbustos y enredaderas, apareciendo súbitamente frente al rancho, buscando rectas entre el puente y su sitio habitual, bajo el cobertizo del horno. Desahogaba su mal humor en los pájaros, hasta los más chiquitos, tocados siempre por la piedra de su honda. Merodeos sin testigos, porque aguardaba siempre para realizarlos que el eco no le trajera seña alguna de la presencia de los otros, lejanos por las montañas.

Volvían del bosque de araucarias. En la mañana había el hombre dejado tendida la red y estaban los chiquillos impacientes por ver la pesca. Venancia se había hecho una corona de pequeñas hojas y venía delante. Atravesó la primera el puente, como si los pies descalzos adhirieran al tronco rugoso, firme y segura. Pasó un chiquillo, silbando, sin darle importancia al abismo que estaba abajo, profundo, verde, tonante. Los demás niños venían con el hombre, que cargaba el hacha. Pareció que iba a pasar primero. Pero les cedió el paso a los hijos, que atravesaron, uniéndose a los demás y echando a correr en dirección al embarcadero y a ver la red.

El hombre puso el pie en el puente. Como los chiquillos, parecía adherido a la piel del árbol. Pero en la mitad, de súbito vaciló, herido por la piedra en la frente; vaciló, osciló y desapareció entre las paredes del tajo, sumido en lo húmedo, en lo fragoroso.

Los niños lo esperaron en el embarcadero.

—Si'habrá<sup>79</sup> ido derecho pa'l rancho —dijo uno.

—¿Veímos la red? —propuso el otro.

—La veímos no más —dijo Venancia—, y si s'enoja, que s'enoje...

Trajinaron un rato. Sacaron el pescado. Lo pasaron por largas ramas de plantas acuáticas para formar sertas<sup>80</sup>. Y echaron a andar camino el rancho con su carga.

La abuela los aguardaba sosegadamente bajo el cobertizo del horno, con las manos cruzadas sobre la costura.

—Mire, agüela, truchas y un salmón chico.

—¿Y el taita? —preguntó uno de los chiquillos.

—Aquí no ha llegao —dijo la abuela, y se volvió de perfil.

—¡Bah! Se li'habrá<sup>81</sup> olvidao algo y volvió pa la montaña.

—¿Por qué no lo van a catear<sup>82</sup>? Es harto tarde y vendrá con hambre.

Regresaron al rato. El padre no estaba. ¿Qué hacían? ¿Lo iban a buscar al otro lado del puente?

—No —dijo la abuela—. Se hizo noche ya. Dentren a comer. Ya llegará...

Comieron y esta vez fue la abuela quien en seguida dio orden de que se acostaran. Se caían de cansancio. Se caían de cansancio medio a medio del sueño.

La abuela se quedó un largo rato en su otro sitio habitual, en el de las tremendas noches invernales, cercana al fuego, volteada la cabeza sobre un hombro, garduña<sup>83</sup> en acecho, con el perfil fijo en la penumbra, en la mano el cigarrillo, despaciosamente liado, despaciosamente encendido y que, de rato en rato, marcaba un punto rojo. De pronto se volvió a la puerta que daba a la habitación del hombre.

—Agora gané yo..., y pa siempre... ¡Je! —lo dijo, creyó decirlo, pero de la boca cerrada, como trancada por el labio inferior, no se movió un músculo ni salió un sonido.

Entonces se alzó a cerrar la puerta de entrada. Pero no la cerró, la dejó abierta. Abierta, porque para los otros el hombre todavía podía volver.

---

<sup>79</sup> En la edición de 1943: "Si habrá".

<sup>80</sup> *Sarta*, serie de cosas metidas o ensartadas en hilera en una cuerda o vara.

<sup>81</sup> En la edición de 1943: "li habrá".

<sup>82</sup> *Catear*, buscar.

<sup>83</sup> *Garduña*, mamífero carnívoro de tamaño mediano que caza de noche.

## Aguas abajo<sup>84</sup>

La casa fue primero de quincha<sup>85</sup> con revoque<sup>86</sup> de barro. Pero, al correr del tiempo, el hombre empezó a subir lajas<sup>87</sup> del río y alrededor de las paredes ya existentes hizo otras de piedra. Era como una casa metida dentro de otra casa. O, mejor dicho, como una habitación metida dentro de otra habitación, porque la casa no era sino ese espacio doblemente murado, con una puerta y dos ventanucos, si bien la rodeaban varios cobertizos que servían de cocina, establo y apeadero.

Junto al alto muro de la montaña, la casa se guarecía del viento en una entrante de la roca. Un tajo, en cuyo fondo corría el río, la separaba de la montaña fronteriza<sup>88</sup>.

En verano el caudal<sup>89</sup> del río era mísero entre las arenas y las piedras ocres<sup>90</sup>; en otoño aumentaba hasta tragarse las piedras, arremolinado, precipitado, sin que nunca un remanso le diera color de cielo, ni una estrella se quedara quieta en la profunda noche de su espejo; llegaba el invierno y las finas rayas persistentes de la lluvia lo esfumaban todo, pero el ruido del agua en furiosa torrentada dominaba aun el caer de la lluvia y los tabletazos del viento, cuando no su largo aullido; la primavera provocaba con sus deshielos súbitos anegamientos<sup>91</sup> que arrastraban troncos y pedruscos, formando muchas veces represas que la corriente<sup>92</sup> empujaba hasta lograr

---

<sup>84</sup> Para fijar la versión definitiva de este cuento se utilizó como texto base el relato “Aguas abajo” de *Obras completas*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1963. Esta edición fue cotejada con las siguientes versiones: “Aguas abajo” en *Sur* 93 (junio de 1942); “Aguas abajo” en *Aguas abajo*. Santiago de Chile: Cruz del Sur, 1943; “Aguas abajo” en Nicomedes Guzmán (comp.). *Antología de cuentos*. Marta Brunet. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1962 y “Aguas abajo” en *Soledad de la sangre*. Montevideo: Editorial Arca, 1967.

<sup>85</sup> *Quincha*, pared construida de cañas y barro. Las construcciones de quinchas son comunes en las zonas rurales de Sudamérica.

<sup>86</sup> *Revoque*, revestimiento exterior de una superficie, generalmente de cal o cemento.

<sup>87</sup> *Laja*, piedra plana y poco gruesa.

<sup>88</sup> En la edición de 1942: “Junto al alto muro de la montaña, la casa aprovechaba de una entrante de la roca para guarecerse del viento. Un tajo la separaba de la montaña frontera y en el fondo serpeaba el río”.

<sup>89</sup> En la edición de 1942: “cauce”.

<sup>90</sup> En la edición de 1942: “rojizas”.

<sup>91</sup> En la edición de 1942: “anegamientos de aguas”.

<sup>92</sup> En la edición de 1942: “correntada”.

un nuevo avance fragoroso. Terminaba el deshielo y el río aparecía de nuevo como un hilo cobrizo<sup>93</sup>, imperceptible a veces sobre el rojizo de la arena, entre las paredes del tajo, rojas también, como las montañas mondas<sup>94</sup> que limitaban el horizonte.

En la casa la existencia se guiaba por las aguas. La sequía del verano marcaba la época en que la mujer, cantando dulcemente las cuatro notas de la<sup>95</sup> melodía india, bajo los cobertizos hacía sus quehaceres domésticos. La vieja hilaba, medio ciega, en su silleta frente al abismo, mirando la niebla de sus propios ojos, muy abiertos los párpados, rojiza de soles<sup>96</sup>, de vientos, de años; labrada por las arrugas y con las manos extrañamente presurosas manejando el huso. La muchacha ayudaba a la madre, guiaba a la vieja, bajaba por agua hasta el río, segura de sus quince años, alta la cabeza, con la falda modelándole el vientre de suave jadear, y en la piel una tersura de fruta que se supiera a punto y con el deseo de que le hincaran los dientes. Los dos niños iban y venían, ayudando a la madre, ayudando a la vieja, ayudando a la muchacha, triscando por las montañas con las cabras, cuidando al burro, ayudando sobre todo al hombre entregado allá abajo, en el cauce seco del río, a la tarea de fraccionar los troncos, de hacerlos leña, atados que después iba a dejar al pueblito lejano; negocio para vivir, manera de arrancarle a la montaña<sup>97</sup> una piltrafa que se cambiaba en monedas. Negocio para el verano, porque, después, en otoño, la lluvia iba borrando las posibilidades para este trabajo, deshaciendo en barro gredoso los caminos, impidiendo toda comunicación.

Entonces la mujer tejía mantas en el telar primitivo, la vieja continuaba<sup>98</sup> hilando como siempre con los ojos fijos en su propia niebla, la muchacha iba y venía de cobertizo en cobertizo con un saco puesto en la cabeza para defenderse de la lluvia, en unión de los niños igualmente tocados<sup>99</sup>. Mientras tanto el hombre, con fina pericia<sup>100</sup> de artesano, tallaba la greca<sup>101</sup> de los capachos<sup>102</sup>. Que como las mantas eran el trabajo del mal tiempo. Pero las lluvias lo encerraban todo, todo, y la casa, sin perspectiva, se quedaba con los habitantes dentro, junto al hogar que ardía en medio, abierta una ranura en el techo para dejar salir el humo y una luz

---

<sup>93</sup> En la edición de 1942: “un hilo silente, cobrizo”.

<sup>94</sup> *Mondo o monda*, limpio y libre de obstáculos o elementos accesorios.

<sup>95</sup> En la edición de 1942: “una”.

<sup>96</sup> En la edición de 1942: “muy abiertos los párpados, pétrea ella también y rojiza de soles”.

<sup>97</sup> En la edición de 1942: “manera de arrancarle a la montaña sin recursos”.

<sup>98</sup> En la edición de 1942: “seguía”.

<sup>99</sup> En la edición de 1942: “ayudada por los niños igualmente tocados”.

<sup>100</sup> En la edición de 1942: “maña”.

<sup>101</sup> *Greca*, faja más o menos ancha en la que se repite el mismo dibujo decorativo.

<sup>102</sup> *Capacho*, recipiente parecido a una cesta hecho de juncos, mimbre o cuero.

difusa entrando por los ventanucos. Parecían alhelados de inacción, atentos tan solo a que un disminuir de la lluvia les permitiera echarse afuera para rápidos trajines.

Eran apenas unas pocas horas hábiles. La luz se iba<sup>103</sup> a media tarde y una vela encendía su llama vacilante, a veces, porque la mujer escatimaba ese<sup>104</sup> lujo. Por lo general era suficiente el resplandor del fuego para hacer circular el mate<sup>105</sup> y después se acercaban los jergones<sup>106</sup> al rescoldo<sup>107</sup>, uno para el hombre y la mujer, otro para la vieja y la muchacha, otro para los niños. Buscaban en la tibieza de las brasas una defensa contra el frío, que se hacía<sup>108</sup> palpable, como si la noche lo empujara por las junturas de la puerta, por las rendijas de los ventanucos, por la ranura del techo y dentro de la habitación se pegara a los cuerpos. Los niños se dormían repentinamente caídos en el sueño. La vieja rezaba largos rosarios, allegándose<sup>109</sup> al calor de la muchacha y con el gato negro de las supersticiones echado sobre el cuello, entre las trenzas y el rebozo<sup>110</sup>. El hombre y la mujer cambiaban rituales palabras, frases sueltas, oyendo cómo las respiraciones iban haciéndose sonoras.

—¡No!

—Tán ormíos.<sup>111</sup>

—La Maclovía no...

—Toos.

—¿Y la vieja?

—¿Ella? No importa...

La vieja sabía que les era indiferente que estuviera o no dormida, y cuando el primer gemido le llegaba, por un instante interrumpía el rezo, mientras una sonrisa le alzaba el labio superior, dejando al aire los boquerones de los dientes ralos. Pero a veces un gemido más agudo inquietaba el sueño de la muchacha, la ponía al borde del desvelo, cuando no la

---

<sup>103</sup> En la edición de 1942: “desaparecía”.

<sup>104</sup> En la edición de 1942: “este”.

<sup>105</sup> *Mate*, bebida con propiedades estimulantes, típica de América del Sur y muy popular en localidades de Brasil, Argentina, Paraguay, Uruguay, Bolivia y Chile. La infusión se prepara con yerba mate, cuyas hojas son secadas, molidas y remojadas en agua caliente. La manera de consumir el mate es a través de una bombilla. El mate tiene su origen en la cultura guaraní y con la llegada de los colonizadores se extendió rápidamente por distintas regiones de Sudamérica.

<sup>106</sup> *Jergón*, ropa en mal estado y sucia, especialmente de cama.

<sup>107</sup> *Rescoldo*, brasa pequeña que queda entre la ceniza.

<sup>108</sup> En la edición de 1942: “iba haciendo”.

<sup>109</sup> En la edición de 1942: “apegándose”.

<sup>110</sup> *Rebozo*, forma de llevar la manta cubriendo con ella prácticamente todo el rostro, los hombros y el pecho.

<sup>111</sup> En las ediciones de 1942, 1943, 1962 y 1967 el final de la línea está con puntos suspensivos.

despertaba de golpe, anhelante, sabedora de lo que pasaba allí, viéndolo sin verlo, trasudando angustia, con los pechos repentinamente doloridos y los muslos temblorosos, uno contra otro, apretados. Pero volvía el silencio, y ella, resbalando por una especie de beatitud, iba sintiendo que los músculos se le distendían y que lentamente entraba de nuevo a la zona del sueño.

Hasta que la primavera limpiaba de nubes el horizonte y una bandada de cachañas<sup>112</sup> pasaba gritando su alegría de sol. Entonces había que rehacer la huella que iba al pueblito, ir a vender las mantas y los capachos, comprar “las faltas”<sup>113</sup>.

—¿Onde'stá tu taita?<sup>114</sup> —preguntó la mujer.

—Mi taita no; su marío. Tá<sup>115</sup> allá, en el bajo —indicó la muchacha con un gesto.

—¿Nunca vai a entender icirle taita?

—Nunca. Mi taita murió. Este es su marío.

—Güeno... —y la mujer se la quedó mirando, apesadumbrada, sin fuerzas<sup>116</sup> para luchar con esa tozudez—. ¿Querís irlo a buscar? Tá<sup>117</sup> el sol alto ya y los chiquillos andan hambreados. Tanto demorarse siempre este hombre...

—Güeno pa'l<sup>118</sup> trabajo... —intervino la vieja—. No debís rezongar por eso: es tentar a Dios<sup>119</sup>.

—Mande uno de los chiquillos —contestó desganada la muchacha.

La mujer la miró de nuevo, con esa lentitud que le hacía los ojos como de vaca, inexpresivos. Pero de pronto reaccionó y dijo furiosa, a gritos:

—Vai a irlo a buscar... Mal mandá... No es ningún perro sarnoso pa que no le podái hablar siquiera...

Las palabras parecían resbalar sobre la muchacha, plantada en las piernas abiertas, desnudas y fuertes, las manos cruzadas a la espalda. Miró a la mujer de soslayo, entrecerrados

---

<sup>112</sup> *Cachaña*, loro que habita en el sur de Chile.

<sup>113</sup> *Falta*, forma coloquial para referirse a suministros que escasean y son de primera necesidad.

<sup>114</sup> En la edición de 1942: “—¿Onde está tu Taita?”.

<sup>115</sup> En la edición de 1942: “Está”.

<sup>116</sup> En la edición de 1942: “sin fuerzas ya”.

<sup>117</sup> En la edición de 1942: “Está”.

<sup>118</sup> En la edición de 1943: “pa el”. En la edición de 1942: “para el”.

<sup>119</sup> En la edición de 1942: “No se debe rezongar por eso: es tentar a Dios”.

los ojos pestañudos; alzó los hombros y, siempre con las manos en la espalda, echó a andar por el senderito escalonado que bajaba al río.

No se daba prisa. Una cachaña que la descubriera planeaba curiosamente sobre ella, atraída por la mancha clara de su blusilla. Una cabra dejó de ramonear<sup>120</sup> y también la miró curiosamente, con la cabeza en escorzo, empinada en un peñasco, prodigiosamente sostenida. La muchacha seguía andando, despaciosa, llena de sol, con los anchos pies como apoderándose de la tierra a cada paso. Se detuvo un instante y, guiada por el hacheo, torció camino porque ya sabía dónde encontrar al marido de su madre.

—Lo llaman —dijo a voces desde lo alto.

El hombre se volvió a mirarla. Estaba sobre<sup>121</sup> él, en un saliente de piedras y troncos, mirándolo por entre las pestañas, seria y sin embargo con una especie de ternura que le atirantaba la boca en una sombra de sonrisa.

—Voy —contestó.

Tenía el hacha en la mano. La voleó, hundiéndola de golpe en el tronco que cortaba<sup>122</sup>. Todo él pareció tenderse al esfuerzo<sup>123</sup>, como si los músculos se le hicieran parte del hacha para meterse en la madera. Se volvió, restregándose las manos. Y los ojos se le soldaron a la figura alzada allí, viéndola desde abajo, con las piernas desnudas y el vientre apenas combo y las puntas de los senos altas, y arriba la barbilla y todo el rostro echado hacia atrás, deformado y desconocido, con las crenchas despeinadas por la mano del viento, mano como de hombre que la quisiera y la acariciara.

Pareció que le crecieran raíces. Se la quedó mirando, mirando. Como si las raíces se adentraran por la tierra y llegaran hasta esa oscura región de las corrientes subterráneas, napas<sup>124</sup> frías y calientes, ambas subiéndole por los pies, por las piernas, por el torso; inundándole el pecho, contradictorias; llegándole hasta los brazos, hasta las manos; subiendo por los brazos nuevamente, rebotando toda esa marejada en el cerebro, golpeando allí, insistiendo allí con su fuerte fluir y refluir. Como aguas calientes y frías. Y como si el sol hubiera de pronto hecho florecer todos los retamos<sup>125</sup> de la tierra norteña<sup>126</sup> en que pasara la

---

<sup>120</sup> *Ramonear*, cortar o morder las hojas de árboles o arbustos.

<sup>121</sup> En la edición de 1942: “por sobre”.

<sup>122</sup> En la edición de 1942: “Tenía el hacha en la mano. La voleó y con un golpe la dejó hundida en el tronco que cortaba”.

<sup>123</sup> En la edición de 1942: “golpe”.

<sup>124</sup> En la edición de 1942: “capas”.

<sup>125</sup> *Retamo*, arbusto de uno a tres metros de alto, de finas ramas y flores amarillas.

infancia y el olor fuera una borrachera que hiciera vacilar la montaña. La muchacha lo miraba, entrecerrados los párpados. El hombre se arrancó a sus raíces, las cortó de un golpe con el mismo ímpetu con que derribaba un árbol y avanzó hasta casi pegar la cara a los pies de la muchacha. Alzó los ojos. La veía siempre hacia arriba, firme y sin esquivarse. Súbitamente pegó la frente a sus piernas, alzó las manos y las pegó a las piernas. Y un momento se quedaron así, como parte del paisaje, sin pensar en nada, sintiendo tan solo la tremenda vida instintiva que los galvanizaba.

La muchacha seguía mirándolo, más entrecerrados aún los párpados. Cuando dio un paso atrás, la cara y las manos del hombre quedaron en el aire, sin tratar de retenerla. La muchacha se dio vuelta y empezó a andar. Y el hombre, con un salto elástico, se alzó hasta el sendero y se fue tras ella, como ciego al que milagrosamente se revela la certidumbre del sol.

—Tai<sup>127</sup> muy insolente vos —dijo la mujer vociferando.

—Porque pueo —contestó la muchacha con iguales voces.

—Vai a lavar la ropa.

—No quero<sup>128</sup>.

—Vai a lavar la ropa.

—No quero<sup>129</sup> lavar la ropa. No quero<sup>130</sup>. ¿Entiende? No quero<sup>131</sup> lavarla. Lávela usté.

—Vai a lavarla vos, porque yo te lo mando. Pa eso soy tu mamita<sup>132</sup>.

—No quero<sup>133</sup>.

—Lo que vai a conseguir es que te largue un güen palo.

—¡Je! —rió la muchacha—. Haga la prueba no más...

No con un palo, pero sí con un bofetón intentó alcanzarla. La muchacha se esquivó rápida, y la mujer, con su propio impulso, perdió el equilibrio y fue a darse contra la batea<sup>134</sup>.

---

<sup>126</sup> En la edición de 1942: "todos los retamos de la lejana tierra".

<sup>127</sup> En la edición de 1942: "—Estái".

<sup>128</sup> En la edición de 1942: "quiero".

<sup>129</sup> En la edición de 1942: "quiero".

<sup>130</sup> En la edición de 1942: "quiero".

<sup>131</sup> En la edición de 1942: "quiero".

<sup>132</sup> En la edición de 1942: "madre".

<sup>133</sup> En la edición de 1942: "quiero".

—Me las vai a pagar —gritó iracunda.

—Déjala —dijo la vieja—, déjala no más. No vai a conseguir na d'ella. Es pior que macho.

—Pero si antes no era así...

—Cosas de moza —prosiguió la vieja—. Déjala no más, ya se le pasará el emperramiento.<sup>135</sup>

—Te voy a acusar a tu taita, a ver si le hacís caso...

—No es mi taita —protestó la muchacha desde lejos, apoyada en un puntal del apeadero y haciendo eses en la tierra con un pie.

—Sí, ya sé; no es tu taita, es mi marío —dijo amargamente la mujer.

—Su marío... —y entrecerró los párpados, mirándola mientras que un gesto como el de la vieja mostraba en la boca los dientes de animalillo carnicero, fuertes y crueles.

—Mejor es que te vayai pa'l<sup>136</sup> alto con las cabras —interrumpió la vieja—. Son l'únicas que te aguantan.

—Tamién usté con lo que la malcría. Parece que no tuviera más nieto qu'ésta... —hizo el reproche la mujer cuando la muchacha se alejaba, como siempre<sup>137</sup> las manos cruzadas a la espalda.

Parecían la réplica una de la otra: la vieja con los ojos muy abiertos, inexpresivos, toda ella como de piedra herrumbrosa, por una vez con el huso caído en el regazo y las manos sobre él, inmóviles<sup>138</sup>. La mujer al frente, en otra silleta, abiertos los ojos lavados por las lágrimas, paralizadas las facciones por el dolor, las manos en el cuenco de la falda, como olvidados objetos inservibles. Atrás la casa se borraba en la sombra que lentamente subía de la hondonada precedida de un hálito fresco. En el cielo tan solo había el tachón de una estrella y un ave porfiadamente modulaba su reclamo. La hora del crepúsculo pareció irse de súbito y en la noche quedó desparramado y vivo el insistente croar de las ranas.

---

<sup>134</sup> *Batea*, artesa o recipiente grande, hecho usualmente de madera, que se usa para lavar.

<sup>135</sup> *Emperramiento*, obstinarse en algo. En la edición de 1942 este fin de párrafo termina con puntos suspensivos.

<sup>136</sup> En la edición de 1943: “pal”.

<sup>137</sup> En la edición de 1942: “como siempre con”.

<sup>138</sup> En la edición de 1942: “y las manos sobre el huso, inmóvil”.

—¿Y los chiquillos<sup>139</sup>? —preguntó en un hilo de voz la mujer.

—Ya s'acostaron —dijo quedamente la vieja.

—¿No preduntaron<sup>140</sup> na por mí?

—Sabís<sup>141</sup> lo que son. Tán locos con los dos chivitos de la Barbona.

—¿Y... ella?

—Muy suelta e cuerpo<sup>142</sup>..., como si no hubiera pasao na...

—¿Hizo ella la comía?

—¿Y quién querís<sup>143</sup> que l'hiciera?

No solo le quitaba el hombre. Le quitaba el hogar, la responsabilidad de la vida familiar, el derecho al mando. Y era su hija... Los músculos de la cara se le relajaron y por los ojos le brotó el llanto, silenciosamente, anegándole las mejillas, entrándosele por los labios, regustándole en amargor la garganta. A veces un sollozo iba a estallar, lo sentía subir desde el fondo de sus entrañas, desgarrándolas, pero la mujer apegaba convulsivamente el delantal a la boca para hacerlo morir allí, sin ruido alguno. Porque le habían dicho “que no querían oírla” tras la escena de la mañana, cuando los encontró anudados en un abrazo y estalló en<sup>144</sup> ira, aullando insultos y amenazas que solo sirvieron para que la muchacha, tranquilamente alzándose, la mirara despectiva, y el hombre, frío y brutal, la pusiera frente a la nueva situación. Ella, que hiciera lo que más le conviniera. Si quería quedarse en la casa, bueno. Si quería, se iba. Pero ni malas caras ni gritos. Podía acompañar a la vieja, hilar, tejer, lo que fuera más de su gusto. Pero “la dueña de casa” era ahora la muchacha.

—Ella es mi mujer. Mi mujer —decía el hombre, con una voz que se esparcía en el aire como trigo en el surco—. Mi mujer.

Cuando quiso agredir a la muchacha, el hombre alzó el fuerte brazo, impidiéndoselo. ¡Que le pasara el mal momento! ¡Que se fuera al río o a la montaña, que viera de sosegarse! Las cosas eran así y nada más. Cosas de la vida..., como le dijo después la vieja, cuando ella la arrastró hasta el fondo del tajo, tambaleándose ambas y abrazadas. A sus años se podía hablar así... ¡Pero ella! Con su adoración por el hombre, con su ansia de él adherida a la piel, muro que reverdece con la enredadera que le da forma. ¡La vieja! ¡Como los otros, como todos,

---

<sup>139</sup> En la edición de 1942: “chicos”.

<sup>140</sup> En la edición de 1942: “preguntaron”.

<sup>141</sup> En la edición de 1943: “—Sabes”. En la edición de 1942: “—Sabés”.

<sup>142</sup> *Suelto o suelta de cuerpo*, persona que anda con desfachatez, despreocupada del juicio de los demás.

<sup>143</sup> En la edición de 1942: “querés”.

<sup>144</sup> En la edición de 1942: “de”.

oyendo su conveniencia! Tratando de calmarla, de hacer de todo aquello un incidente sin importancia. Queriendo volver a subir a<sup>145</sup> la casa, negándole hasta eso mísero que era su compañía, dejándola sola en su desesperación, abandonada a la pena, royendo su humillación y su impotencia.

Pensó irse, andando senderos hasta no sabía dónde. Echarse al río. Subir por la montaña y tirarse por cualquier risco. Se veía extenuada por el hambre, pordiosera de los ranchos. O fría en el agua, hinchada, deforme, como a veces aparecía en la corriente un animal ahogado. O rota entre piedras y tierra. Pensaba en su muerte como en un hecho ajeno, espectadora de la reacción de los otros. Para verlos sufrir. Para verlos deshechos por el remordimiento. Para que nunca se atrevieran a mirarse, con su ánimo separándolos. Lloraba asomada a la muerte y como llorando a otro muerto que no era ella. Se interponían entre esas imágenes pequeñeces de la vida diaria en que hallaba reposo: ya no sería ella quien amasara, sino la muchacha, con cansancio sobre la tabla y con la cara después ardida por el vaho<sup>146</sup> del horno. Pero cuando estuvieran comiendo, a lo mejor a él no le gustaba el pan hecho por otras manos, tan regodeón<sup>147</sup> como era, y la echaría de menos... Fue el cabo por el cual se asió a la esperanza. La echaría de menos... Si no en el abrazo carnal, en lo rutinario de la vida cotidiana. Puede que la muchacha terminara por contentarse con ser tan solo “su mujer” y le fuera dejando lado a ella para ser “la dueña de casa”... Pero el que fuera “su mujer” le dolía como un dolor físico, como el sufrimiento de haberla parido a ella, a la hija, a la que ahora se lo robaba todo. Lloraba de nuevo, sola en lo hondo del tajo, junto a la impasible faz de los peñascos.

El atardecer<sup>148</sup>, con su mandato de siglos, la hizo buscar furtiva el cobijo de la casa y halló a la vieja esperándola, segura de su retorno.

Ahora había que impedir que la oyeran. Por eso convulsivamente se tapaba la boca, empuñadas las manos sobre el delantal, ahogando sollozos<sup>149</sup>. ¡Que no la oyeran! Había que disimularse. Desaparecer si era posible. Y esperar, esperar... Siempre hay una hora en que amanece.

---

<sup>145</sup> En la edición de 1942: “hasta”.

<sup>146</sup> En la edición de 1942: “vaho caliente”.

<sup>147</sup> *Regodeón o regodeona*, persona que se regodea, que exige y se deleita solo en lo que le gusta y rechaza otras opciones.

<sup>148</sup> En las ediciones de 1942 y 1943: “La noche”.

<sup>149</sup> En la edición de 1942 sin: “ahogando sollozos”.

—Me voy a la cama —dijo la vieja—. Hace rato ya qu'están toos ormíos<sup>150</sup>.

Se alzó, buscó a tientas el bastón, agarró la silleta y se dispuso a encaminarse hacia la casa.

—¿Vos no venís? —preguntó con acento<sup>151</sup> que se quebraba en una inesperada terneza.

—Ya voy, mamita<sup>152</sup> —contestó la otra, alzándose también, con la sensación de que no tenía cuerpo, de que las piernas no iban a obedecerla, de que no podría sostenerse en pie y menos lograr moverse.

Pero se alzó, agarró la silleta con idéntico gesto que la vieja y tras ella, lentamente, echó a andar camino de la casa, con el espanto de ir por las cornisas de un mal sueño y la angustia del vacío acechándola a cada paso.

---

<sup>150</sup> En la edición de 1942: “durmiendo”.

<sup>151</sup> En la edición de 1942: “voz”.

<sup>152</sup> En la edición de 1942: “madre”.

## Soledad de la sangre<sup>153</sup>

El pie era de bronce, con un dibujo de flores caladas. Las mismas flores se pintaban en el vidrio del depósito y una pantalla blanca, esférica, rompía sus polos para dejar pasar el tubo. Aquella lámpara era el lujo de la casa. Colocada en el centro de la mesa, sobre una prolija carpeta tejida a <sup>154</sup> crochet, se la encendía tan solo cuando había visita a comer <sup>155</sup>, acontecimiento inesperado y remoto. Pero se encendía también la noche del sábado, de cada sábado, porque esa víspera de una mañana sin apuro podía celebrarse en alguna forma y nada mejor, entonces, que la lámpara derramando su claridad por la maraña colorida <sup>156</sup> del papel que cubría los muros, por el aparador tan simétricamente decorado con fruteros, soperas y formales rimeros de platos; por las puertas de la alacena, con cuarterones <sup>157</sup> y el cerrojo de hierro y su candado hablando de los mismos tiempos que la reja que protegía la ventana por el lado del jardín. Sí, en cada noche de sábado, la luz de la lámpara marcaba para el hombre y la mujer un cuenco de intimidad, generalmente apacible.

De vivir en contacto con la tierra, el hombre parecía hecho de elementos telúricos. Por el sur, montaña adentro, mirándose en el ojo translúcido de los lagos, pulidos de vientos y de aguas, los árboles tienen extrañas formas y sorprendentes calidades. En <sup>158</sup> esa madera trabajada por la intemperie sin piedad estaba tallado <sup>159</sup> el hombre. Los años le habían arado la cara y en ese barbecho <sup>160</sup> le crecían la barba, los bigotes, las cejas, las pestañas. Y las greñas, negrísimas,

---

<sup>153</sup> Para fijar la versión definitiva de este relato se utilizó como texto base el cuento “Soledad de la sangre” de *Obras completas*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1963. Esta edición fue cotejada con las siguientes versiones: “Soledad de la sangre” en *Aguas abajo*. Santiago de Chile: Cruz del Sur, 1943; “Soledad de la sangre” en *Sur* 104 (mayo-junio 1943); “Soledad de la sangre” en *El cuento chileno*. Nascimento, edición especial de *Atenea* 279-280 (septiembre-octubre 1948); “Soledad de la sangre” en *Raíz de sueño*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1949; “Soledad de la sangre” en Nicomedes Guzmán (comp.). *Antología de cuentos*. Marta Brunet. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1962; “Soledad de la sangre” en *Antología del cuento chileno*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1963 y “Soledad de la sangre” en *Soledad de la sangre*. Montevideo: Editorial Arca, 1967.

<sup>154</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “al”.

<sup>155</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949: “a cenar”.

<sup>156</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “colorina”.

<sup>157</sup> *Cuarterón*, adorno con forma de cuadrado o rectángulo que decora puertas, ventanas o muros.

<sup>158</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “De”.

<sup>159</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “hecho”.

<sup>160</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “y por ese barbecho”. En la edición de 1949: “y en esa zanja”.

lo coronaban con una mecha<sup>161</sup> rebelde, que siempre se le iba por la frente y que<sup>162</sup> era gesto maquinal suyo el colocar en su sitio.

Ahora, en la claridad de la lámpara, las manazas barajaban cuidadosamente un naipe. Extendió las cartas sobre la mesa. Absorto en el juego, despacioso y metuculoso, porque el solitario iba en camino de “salir”, una especie de dulcedumbre le distendía las facciones. Apenas si le quedaban cartas en la mano. Sacó una. La volvió y súbitamente la dulcedumbre se le hizo dureza. Miró con sostenida atención las cartas, la otra carta en la mano<sup>163</sup>. Dejó el mazo restante<sup>164</sup> y se echó el mechón hacia atrás, hundiendo y fijando los dedos en el pelo. Volvió la dulcedumbre a esparcírsele por la cara. Levantó los párpados y aparecieron los ojos como las uvas, azulencos. Una mirada precauciosa que se fijó en la mujer, que halló los ojos de la mujer, grises<sup>165</sup>, tan claros que a cierta luz o de lejos daban la inquietante sensación de ser ciegos<sup>166</sup>.

—Haga cuenta que no lo estoy mirando y haga su trampa no más... —dijo la mujer con voz cantante.

—¿Será muy feo? —preguntó el hombre.

—Como feo, es feo.

—¡Que siempre me ha de fallar! ¡Vaya, por Dios! ¡Lo haré de nuevo! —y juntó las cartas para barajarlas.

A veces el solitario “salía”. Otras “se ponía porfiado”. Pero siempre, a las diez horas que resonaban en la galería caídas del viejo reloj, el hombre se alzaba, miraba a la mujer, se acercaba hasta poner una mano sobre la cabeza y acariciaba el pelo, una y otra vez, para terminar diciendo, como dijo esa noche:

—Hasta mañana, hijita. No se quede mucho rato, apague bien la lámpara y no meta mucha bolina<sup>167</sup> con su fonógrafo. Déjeme que agarre el sueño primero...

Salió cerrando la puerta. Oyó<sup>168</sup> sus trancos por la galería. Luego lo sintió salir al patio, hablar algo al perro, volver<sup>169</sup>, ir y venir por el dormitorio, crujir la cama, caer uno tras otro los

---

<sup>161</sup> En la edición de 1949: “un mechón”.

<sup>162</sup> En la edición de 1949 sin: “que”.

<sup>163</sup> En la edición de 1949 sin: “la otra carta en la mano”.

<sup>164</sup> En la edición de 1949 sin: “restante”.

<sup>165</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “grises, como de agua”.

<sup>166</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “la inquietante sensación de ser ojos de ciego”.

<sup>167</sup> *Bolina*, bulla, alboroto.

<sup>168</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “Se oyeron”.

<sup>169</sup> En la edición de 1948: “y volver”.

pesados zapatos, crujir de nuevo la cama<sup>170</sup>, revolverse el hombre, aquietarse. La mujer había abandonado el tejido sobre el regazo<sup>171</sup>. Respiraba apenas, entreabierta la boca, toda ella recogiendo los rumores, separándolos, clasificándolos, afinada la sensibilidad auditiva a tal punto que los sentidos todos parecían haberse convertido en un solo oído. Alta, fuerte, tostada de sol la piel naturalmente morena, hubiera sido una criolla<sup>172</sup> cualquiera si los ojos no la singularizaran, haciéndole un rostro que la memoria, de inmediato, colocaba en sitio aparte. La tensión le hizo brotar una gotita de transpiración<sup>173</sup> en la frente<sup>174</sup>. Nada más. Pero sentía la piel enfriada<sup>175</sup> y, con un gesto inconsciente, pasó una lenta mano por ella<sup>176</sup>. Luego, con la misma ausencia, miró esa mano. Cada vez parecía más tensa, más como una antena captadora de señales. Y la señal llegó. Del dormitorio y en forma de ronquido, al que arrítmicamente siguieron otros.

Se le aflojaron los músculos. Los sentidos se abrieron en su exacta<sup>177</sup> estrella de cinco puntas, cada cual en su trabajo. Pero aún siguió inmóvil la mujer, con las pupilas desbordadas fijas en la lámpara<sup>178</sup>.

¿Cuándo había comprado aquella lámpara? Una vez que fue al pueblo, que vendió la habitual docena de trajecitos para niño, tejidos entre quehacer y quehacer, entre quehaceres siempre iguales, metódicamente distribuidos a lo largo de días indiferenciados. Compró aquella lámpara, como había comprado el aparador, y los muebles de mimbre, y el ropero con espejo, y el edredón acolchado y... Sí, como había comprado tanta cosa, tanta... Claro, ¡en tantos años! ¿Cuántos años hacía? Dieciocho. Había cumplido ahora treinta y seis y tenía dieciocho cuando se casó. Dieciocho y dieciocho. Sí... La lámpara. El aparador. Los muebles de mimbre... Nunca creyó ella, de esto estaba segura, que tejiendo podía ganar dinero no solo para vestirse, sino para darse comodidades en el hogar<sup>179</sup>.

---

<sup>170</sup> En la edición de 1963 (*Antología...*) sin: “caer uno tras otro los pesados zapatos, crujir de nuevo la cama”.

<sup>171</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “La mujer había abandonado las manos en el regazo, inertes sobre el tejido”.

<sup>172</sup> En la edición de 1949: “pueblerina”.

<sup>173</sup> En la edición de 1949: “sudor”.

<sup>174</sup> En la edición de 1949: “sienes”.

<sup>175</sup> En la edición de 1949: “fría”.

<sup>176</sup> En la edición de 1949: “por su cara”.

<sup>177</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “habitual”.

<sup>178</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “Pero aún siguió inmóvil la mujer, abiertos los párpados y las pupilas desbordadas fijas en la lámpara”.

<sup>179</sup> En la edición de 1949: “sino para proveer de comodidades al hogar”.

Él dijo, apenas casados:

—Tiene que agenciarse para hacer su negocito y ganar<sup>180</sup> para sus faltas<sup>181</sup>. Críe pollos o venda huevos.

Ella contestó:

—Usted sabe que no soy entendida en esas cosas.

—Busque algo que sepa, entonces. Algo que le hayan enseñado en la profesional<sup>182</sup>.

—Podría vender dulces.<sup>183</sup>

—Pierda las esperanzas en estos andurriales<sup>184</sup>. Debe<sup>185</sup> ser algo que se pueda llevar por junto al pueblo una vez al mes.

—Podría tejer.

—No es mala idea. Pero hay que comprar la lana<sup>186</sup> —agregó, súbitamente intranquilo—. ¿Cuánto necesitaría para empezar?

—No sé. Déjeme ver precios. Y hablar en la tienda, a ver si se interesan por tejidos<sup>187</sup>.

—Si no sale muy caro...

Y no resultó caro y sí un buen negocio. La mujer del propio dueño de la tienda compró para su hijo<sup>188</sup> la primera entrega, que era tan solo una muestra. Un lindo trajecito, como nunca niño alguno lo tuvo por aquellos “andurriales”, en que la gente manejaba dinero y adquiría<sup>189</sup> cosas sin gracia en negocios en que el barril de sebo se aparejaba con los frascos de Agua

---

<sup>180</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “tener”.

<sup>181</sup> *Falta*, forma coloquial para referirse a suministros que escasean y son de primera necesidad.

<sup>182</sup> El personaje se refiere a la Escuela Profesional de Niñas, institución creada en 1887 por iniciativa de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA) y que inicialmente se denominó Escuela de Artes y Oficios para Mujeres. Esta institución tuvo como fin entregar conocimientos y habilidades a las jóvenes de sectores populares para la realización de tareas domésticas. La enseñanza impartida buscaba que las mujeres pudieran participar del mercado laboral y salir de la pobreza, realizando oficios “propios de su sexo”. La Escuela se fundó en Santiago y con el tiempo tuvo sedes en distintas ciudades de Chile. Con la autorización y supervisión del Estado, la Escuela otorgó enseñanza gratuita a niñas que eran matriculadas desde los 12 años. De acuerdo al Boletín de la SOFOFA, que anuncia la creación de la Escuela, se proyectaba preparar a las jóvenes en las siguientes especialidades: comercial, modistas, lencería y costura corriente, bordado, guantería, cartonaje y marroquinería, cocinería, lavado y planchado y dibujo. *Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril*, Tomo V. Santiago de Chile: Imprenta Nacional, enero de 1888.

<sup>183</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*) y 1948 este fin de línea está con puntos suspensivos.

<sup>184</sup> *Andurrial*, paraje o sitio perdido de los caminos de mayor tránsito.

<sup>185</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “Tiene que”.

<sup>186</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “Pero hay que comprar la lana y es cara”.

<sup>187</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “—No sé. Déjeme ver precios en el pueblo. Y hablar en la tienda, a ver si les interesa comprar tejidos”.

<sup>188</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “niño”.

<sup>189</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “compraba”.

Florida<sup>190</sup> y las casinetas<sup>191</sup> estaban junto al bálsamo tranquilo<sup>192</sup>. Fue un buen éxito el suyo. Le hicieron encargos. Tejió para toda la región. Pudo subir los precios. Nunca daba abasto para los pedidos pendientes. Cuando vio que prosperaba<sup>193</sup>, él dijo un día:

—Bueno es que me devuelva los diez pesos que le presté para empezar sus tejidos<sup>194</sup>. Y que no se gaste toda la plata que gana en cosas para usted no más. Claro es que no voy a decirle que me dé esa plata a mí, es suya, sí, bien ganada por usted, y no le<sup>195</sup> voy a decir que me la entregue —repetía siempre lo que acababa de expresar, con una insistencia en que quería a sí mismo puntualizar su idea<sup>196</sup>—, pero ya ve, ahora hay que comprar una olla grande y arreglar la puerta de la bodega. Bien podía<sup>197</sup> hacerse cargo de las cosas de la casa, ahora que maneja tanta plata, sí..., tanta plata...

Compró la olla grande, hizo arreglar la puerta de la bodega. Y después, compró, compró... Porque significaba una alegría ir convirtiendo aquella destartada casa de campo, comida por el abandono, en lo que ahora era, casa como la suya allá en el norte, en el pueblito<sup>198</sup> sombreado de sauces y acacias, con el río cantando o rezongando valle abajo<sup>199</sup> y la cordillera ahí mismo, presente siempre, fondo para las casitas como de juguete<sup>200</sup>: azules, rosadas, amarillas, con zaguanes anchos y un jazmín aromando las siestas, y frente al portalón un banco pintado de verde propicio a las charlas<sup>201</sup> de prima noche, cuando los pájaros y el ángelus se iban por los cielos en el mismo aire y los picachos tenían súbitos rosas y lentos violetas, antes de dormirse bajo el cobijo de atentas estrellas fulgurantes.

Cerró los párpados, como si también ella debiera dormirse al amparo de esa cautela. Pero los abrió en seguida, escuchó de nuevo, segura de oír el ritmo del que dormía. Entonces se alzó y con silenciosos movimientos abrió la alacena, y del más alto estante fue sacando y colocando sobre la mesa un viejo fonógrafo, inverosímil de forma, como un armarito cuyas

---

<sup>190</sup> *Agua Florida*, marca popular de agua de colonia, creada en New York a inicios del siglo XIX.

<sup>191</sup> *Casinetas*, tejido delgado de lana.

<sup>192</sup> *Bálsamo tranquilo*, aceite especial comercializado por sus propiedades tranquilizantes y de relajación.

<sup>193</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “Cuando se vio que el negocio prosperaba”.

<sup>194</sup> En la edición de 1948: “los tejidos”.

<sup>195</sup> En la edición de 1948 sin: “le”.

<sup>196</sup> En la edición de 1949: “repetía siempre lo que acababa de expresar buscando aclarar con esa repetición su idea”.

<sup>197</sup> En las ediciones de 1943 (*Sur*) y de 1948: “Bien podía usted”.

<sup>198</sup> En las ediciones de 1943 (*Sur*), 1948 y 1949: “pueblito”.

<sup>199</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “rezongando en el valle, abajo”.

<sup>200</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “enmarcando las casitas como de juguete”.

<sup>201</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “un banco pintado de verde para las charlas”.

portezuelas mayores abiertas dejaban ver un encordado de cítara, al sesgo sobre la boca del receptor, que no era otra cosa que un pequeño círculo abierto<sup>202</sup> en la caja sonora. Abajo otras portezuelas, más pequeñas, dejaban ver el asiento verde de los discos. Aquél era lujo<sup>203</sup> suyo, no como la lámpara, lujo de la casa, sino suyo, suyo. Comprado cuando la señora de “Los Tapiales”, de paso por el pueblo, la hallara en la tienda y viera sus tejidos y le preguntara si podía hacerle unos abrigos para sus niñitas. ¡Qué linda señora, con una boca grande y tierna y la voz que arrastraba las erres, como si fuera madama, y no lo era, y eso a ella le daba tanta risa! ¡Cómo tuvo de trabajo ese verano! Fue entonces cuando vio cumplido su anhelo<sup>204</sup> de tener un fonógrafo con discos y todo. Él se lo dejó comprar. ¡Para eso ganaba harta plata!

—Cómprelo no más, hijita. Lo suyo es suyo, claro, pero bueno sería que también se ocupara de ver si me puede comprar una manta a mí, que la de castilla<sup>205</sup> está raleando. Porque yo la manta la necesito y como tengo que juntar para otra yunta, no es cosa de distraer pesos, y como usted está ganando tanto...<sup>206</sup> Pero es claro, sí, que se compra el fonógrafo también y antes que nada...

Primero compró<sup>207</sup> la manta e inmediatamente el fonógrafo. Nunca mayor su<sup>208</sup> gozo que de regreso a su casa<sup>209</sup> y el fonógrafo colocado en la mesa y ella transida, oyendo la cadencia del vals o<sup>210</sup> la marcha que se interrumpía de pronto para dejar oír un repique de campanas. Se lo habían vendido con derecho a<sup>211</sup> dos discos que ella eligiera despaciosamente, impaciente él al verla indecisa luego de elegir el primero —que era aquel en que estaban el vals y la marcha—, haciéndose ensayar uno tras otro todo un álbum. Hasta que, cada vez más impaciente, dijo<sup>212</sup>:

---

<sup>202</sup> En la edición de 1949: “horadado”.

<sup>203</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “un lujo”.

<sup>204</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “anhelo enorme”.

<sup>205</sup> *Manta de castilla*, mantón largo de tejido grueso que usan los hombres del campo para protegerse del frío, la lluvia y la nieve.

<sup>206</sup> En las ediciones de 1943, 1948 y 1949 estos puntos suspensivos corresponden a un punto y seguido.

<sup>207</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949: “se compró”.

<sup>208</sup> En la edición de 1948 sin: “su”.

<sup>209</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949: “la casa”.

<sup>210</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “o sí no”.

<sup>211</sup> En la edición de 1943 sin: “derecho a”.

<sup>212</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949: “Se lo habían vendido con dos discos que ella eligiera demorándose, indecisa, ya impaciente él por verla sin saber con cuál quedarse porque si del disco en que estaba el vals y la marcha estaba segura y lo tenía aparte, no hallaba otro tan de su gusto y se hacía ensayar uno tras otro todos los que estaban en el cajón. Hasta que él, cada vez más impaciente dijo”.

—Se está haciendo tarde. Mire cómo baja el sol. Hay que irse, sí; nos va a agarrar la noche si no. Lleve ese que tiene separado y éste. Uno porque le gusta y otro a la suerte... —y sacó al azar un disco del cajón.

Que resultó con canciones españolas llenas de quejumbres, que ni a él ni a ella les gustaron y que una vez intentó vanamente cambiar<sup>213</sup>. Y cuando, tiempo adelante, insinuó tímida el propósito de comprar más discos<sup>214</sup>, él, con la cara terrosa que solía poner en su hora negativa, contestó severamente:

—No más bullanga<sup>215</sup> en la casa... Basta con la que tiene y con que se la aguante.

Nunca<sup>216</sup> insistió. Cuando estaba sola, en el campo trabajando él y sus peones, sacaba el fonógrafo y de pie, con el vago azoro de estar “perdiendo el tiempo” —como decía él—, juntas las manos y rebulléndole en el pecho una espiral de gozo, se dejaba sumergir en la música dulcemente.

A él no le gustaba nada este “perder el tiempo”. Ella lo sabía bien y<sup>217</sup> no se dejaba arrastrar por el imperioso deseo de oír el vals o de oír la marcha. Pero con ese hábito de contarle cuanto hiciera en el día, con minucia a que la había acostumbrado desde el comienzo de su vida matrimonial, decía, abiertos los párpados y las pupilas dilatadas:

—Molí la harina para los peones, cosí su chaqueta de abrigo, amasé para la casa... — hacía una pausa imperceptible y agregaba muy ligero—: oí<sup>218</sup> un ratito el fonógrafo y nada más...

—Ganas de perder el tiempo..., el tiempo que sirve para tanta cosa que deja plata, sí, de perderlo... —Lo decía en distintos tonos, a veces comprobando una debilidad en la mujer, ligeramente protector y condescendiente; a veces distraído, maquinal, echando atrás la mecha<sup>219</sup> rebelde, trabajado por otra idea; a veces entorvecido, leñoso y asustándola, que nunca había

---

<sup>213</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “Que resultó con canciones españolas, llenas de quejumbres, que ni a ella ni a él gustaron y que una vez ella intentó cambiar, pero el suizo que le vendiera el fonógrafo no admitió el cambio”.

<sup>214</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “Y cuando tiempo adelante, tímidamente insinuó la idea de comprar más discos”.

<sup>215</sup> *Bullanga*, tumulto, bulla.

<sup>216</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “Nunca más”.

<sup>217</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “y habitualmente”.

<sup>218</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “y oí”.

<sup>219</sup> En la edición de 1949: “el mechón”.

podido sobreponerse a una obscura sumisión instintiva de hembra a macho, que antaño se humillaba al padre y ogaño al marido<sup>220</sup>.

Cuando ella, sin insinuación alguna, compró para él aquella chaqueta de cuero, lustrosa como si estuviera encerada, negra y larga, que el tendero<sup>221</sup> decía que era de mecánico y en<sup>222</sup> la cual la lluvia no podía filtrar, así cayera en los tozudos aguaceros de la región; cuando la compró y misteriosamente la trajo a casa y dejó el paquete frente a su sitio en la mesa, para que la hallara sorprendentemente, dulcificado al verla<sup>223</sup>, el hombre pasó la manaza sobre el pelo suave, peinado en trenzas y alzado como una tiara sobre la cabeza:

—¡Buena la vieja! Trabajadora, como deben ser las mujeres, sí. Y oiga, hijita, esta noche que es sábado encienda la lámpara y así yo podré hacer mejor mi solitario. Y cuando me vaya<sup>224</sup> a acostar, usted se queda otro ratito y toca su fonógrafo. Sí, lo toca, pero cuando yo me quede dormido. Sáquese el gusto usted también...<sup>225</sup>

Así nació la costumbre.

Bajó un poco la luz de la lámpara. De puntillas se fue hasta la ventana y la abrió, dejando entrar la noche y su silencio. Volvió a la mesa, dio la cuerda con precaución, juntó las manos y esperó.

Tará..., rará..., tarará...

La marcha. Y súbitamente todo en su contorno se abolió, desapareció sumergido en la estridencia de las trompetas y el redoble de los tambores, arrastrándola hacia atrás por el tiempo, hasta dejarla en la plaza del pueblo<sup>226</sup> norteño, después de la misa de once en domingo sin lluvia, revolando el tambor mayor la guaripola<sup>227</sup> y a su siga, a paso de parada, la banda dando la<sup>228</sup> vuelta final por el contorno del paseo, con la chiquillería<sup>229</sup> delante y un perro mezclado a sus carreras, mientras las señoras en su banco tradicional comentaban<sup>230</sup> mínimos problemas, los señores hablaban de la vendimia<sup>231</sup> y ellas, ella y sus hermanas, ella y sus amigas,

---

<sup>220</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “que antaño se humillaba ante el padre y ogaño ante el marido”.

<sup>221</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “suizo”.

<sup>222</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949: “y sobre”.

<sup>223</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “súbitamente dulcificado al verla”.

<sup>224</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “Y cuando yo me vaya”.

<sup>225</sup> En la edición de 1949: “Dese el gusto usted también...”.

<sup>226</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “pueblito”.

<sup>227</sup> *Guaripola*, bastón con el cual se dirige un desfile.

<sup>228</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “su”.

<sup>229</sup> *Chiquillería*, grupo de chiquillos.

<sup>230</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “comentaban prolijamente”.

<sup>231</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “las cosechas”.

del brazo, con las trenzas desasosegadamente resbalando por los pechos que ya combaban suspiros, pasaban y repasaban ante los mayores<sup>232</sup>, cruzando grupos de muchachos, que parecían no verlas y que al fijar lo circundante solo a una de ellas miraban, sorbiéndola como sedientos a agua de campo, en propio manantial con ávida boca que el deseo agranda.

Era la hora en que se estrenaban los trajes. A veces eran rosas o celestes. O blancos con lazos rosas o celestes. A veces eran rojos o marinos, y esto quería decir que por el cielo de un desvanecido azul unas nubes desfleaban sus vellones y que el viento ya se había llevado la última hoja de oscuro oro. Recordaba particularmente un abrigo rojo, con cuello<sup>233</sup> redondo de piel blanca, rizada y suave a la cara y un manchón como un barrilito, colgado<sup>234</sup> del cuello por un cordón blanco también. Y la advertencia de la madre:

—Las manos se ponen en el manchón y ya no se sacan más. Claro que para saludar...  
—añadió tras una pausa reflexiva.

Iban y venían, tomadas del brazo. Cuchicheaban cosas incomprensibles, inauditas confidencias que acercaban sus cabezas, murmullos apenas articulados y que de pronto las sacudían en largas risas que dejaban perplejos a los árboles, porque no era época de nidos, o los alborozaban en aprobatorios cabeceos, en la otra época en que los pájaros trataban de glosar esos trinos. A veces, no, una vez, levantó ella la cara, para mejor atrapar la risa que siempre le parecía caerle de arriba, y así en escorzo, las pupilas hallaron la mirada de unos ojos verdes, de verde pasto nuevo y en cara de muchacho atezado de soles, fuerte y como renoval. Un instante tan solo<sup>235</sup>. Pero un instante<sup>236</sup> para llevárselo a casa y atesorarlo y meterlo en lo hondo del corazón y sentir que una angustia y un calor y un deseo vago de llorar y de pasarse por los labios la yema fina de los dedos la atormentaban súbitamente, en medio de una lectura, de una labor, de un sueño. Volverlo a ver<sup>237</sup>. Sentir de nuevo la impresión de que la vida se le paraba en las venas<sup>238</sup>. Que ese segundo en que la mirada verde del muchacho la fijaba era el porqué de su existencia. ¿Quién era? Del pueblo no, conocido no. Tal vez veraneante de<sup>239</sup> los alrededores. Cautelaba su secreto tesoro. Charlaba menos, reía rara vez. Pero las pupilas

---

<sup>232</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “ante los bancos de los mayores”.

<sup>233</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949: “con un cuello”.

<sup>234</sup> En la edición de 1949: “colgando”.

<sup>235</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “Un instante nada más”.

<sup>236</sup> En la edición de 1943 (*Sur*) sin: “un instante”.

<sup>237</sup> En la edición de 1949: “¡Volverlo a ver!”.

<sup>238</sup> En la edición de 1949: “la vida se le detenía en su sangre”.

<sup>239</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949: “en”.

parecían agrandársele, anegarle la cara en esa busca de la silueta vigorosa, vestida como no se vestían los muchachos del pueblo. Llegaba en un auto chiquito. Lo dejaba al costado del club. Iba a misa. Lo divisaba atento y circunspecto, en el presbiterio, un poco al margen del grupo de hombres. Terminada la misa, iba a la confitería, llenaba de paquetes el auto, daba después una vuelta por la plaza para ir al correo, deshacía camino, subía al coche y partía.

Claro era que las otras muchachas lo habían notado. Y muertas de risa con sus indumentarias, con los pantalones de golf o de montar, le llamaban el “Calzonudo”. Para su recóndita desesperación.

Seguía la marcha llenando la casa de<sup>240</sup> acordes. Irrumpían las campanas. Como un repique. Igual que en ciertos domingos, cuando había misa mayor<sup>241</sup>; pero éstas eran campanas más sonoras, más armónicas, como si a la vez que tocaran<sup>242</sup> el repique se mezclaran a ellas acentos de inusitado goce.

Terminó la marcha. Cambió la aguja, le dio nueva cuerda<sup>243</sup>, volvió el disco y ahora el vals comenzó<sup>244</sup> a girar alrededor de la mesa, música como que bailara, compás que creaba lentas o rápidas pompas de jabón irisando sus colores<sup>245</sup>.

Nunca supo cómo se llamaba, quién era, de dónde venía. Un domingo no apareció. Ni otro. Ningún otro. Una chiquilla apuntó<sup>246</sup>:

—¿Qué será del “Calzonudo”?

—Se lo habrá comido la Calchona<sup>247</sup> —contestó otra, y se echaron a reír.

---

<sup>240</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “con sus”.

<sup>241</sup> *Misa Mayor*, misa cantada que se realiza en días especiales, generalmente festivos, para que concurra toda la comunidad.

<sup>242</sup> En la edición de 1949: “tocaban”.

<sup>243</sup> En la edición de 1949: “giró de nuevo la manivela”.

<sup>244</sup> En las ediciones de 1943 (*Sur*) y 1949: “empezó”

<sup>245</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*) y 1948: “compás que creaba lentas o rápidas esferas desplazando sus colores”.

<sup>246</sup> En la edición de 1949: “dijo”.

<sup>247</sup> En la edición de 1943 (*Sur*) con puntos suspensivos.

*Calchona*, ser mitológico chileno cuyo cuerpo es de oveja y el rostro y las extremidades delanteras humanos. El término Calchona tendría su origen en la palabra mapudungun *Kalcha*, que significa mecha o pelo desordenado y largo que cubre el cuerpo. La leyenda a través del tiempo derivó en distintas versiones. La más conocida señala que la Calchona habría sido una bruja con la capacidad de convertirse en distintos animales a partir del uso de ciertas pociones mágicas. Una noche, al regresar a su casa convertida en una oveja negra, descubrió que su marido e hijos por error habían usado los brebajes, sufriendo transformaciones. Con los escasos restos de las pociones que quedaban, la bruja no logró recuperar su fisonomía, quedándose para siempre con parte importante de su cuerpo convertido en oveja. La Calchona vagaría por los caminos atacando a los viajeros. Otra versión señala que la Calchona atacaría especialmente a los que viajan solos, las mujeres infieles y los niños desobedientes.

A ella le dolía el pecho y por la garganta le hurgaba la uña<sup>248</sup> fina del llanto. Se le atirantaban las comisuras de la boca y los ojos, como nunca, le llenaban la cara. Ya en la casa, buscó el rincón más<sup>249</sup> recoleto<sup>250</sup>, en la pieza de los trastos, entre la caja del piano y una ruma<sup>251</sup> de colchones, y allí largó su pena, abrió<sup>252</sup> el corazón, dejándola salir y envolverla en su pegajoso manto, adherido a ella como nueva piel, humedecida y dolorosa. Le llovían las lágrimas por la cara. No verlo más. Nunca saber su nombre. Nunca volver a encontrarlo. Arreciaba el llanto. ¿Qué mirada iba a tener para ella esa magia? ¿Ese quemar que le ardía adentro, no sabía dónde, como anhelante<sup>253</sup> espera de no sabía qué dicha? ¿Su nombre?... Enrique... Juan... José... Humberto... ¿Y si se llamaba Romualdo, como su abuelo? No importaba<sup>254</sup>. Ella lo querría<sup>255</sup> siempre, con cualquier nombre... Lo querría<sup>256</sup>... Quererlo... Quererlo como quiere una mujer, porque ella ya lo era y sus quince años le maduraban en los pequeños pezones, mulliendo zonas íntimas y dando a su voz un súbito trémolo oscuro<sup>257</sup>. Quererlo siempre... Parecía deshacerse en llanto. Y de repente se quedó quieta, suspirante y quieta, sin lágrimas, con la pena diluida, sin forma y lejana. Suspiró de nuevo. Se limpió los ojos. Y se halló pensando en que a lo mejor estaban buscándola por la casa, que debía ir a lavarse la cara sollamada<sup>258</sup>, que... Sí, era una vergüenza confesárselo, pero tenía hambre. Y se fue pasito<sup>259</sup> por entre los trastos, atisbando para salir sin ser vista e ir a refrescarse la cara en el pilón<sup>260</sup> del patio.

La madre la miraba a veces azorada y solía murmurar:

—Qué mujerota de<sup>261</sup> chiquilla...

El padre era más definitivo<sup>262</sup> en sus conclusiones y decía a gritos:

---

Oreste Plath. *Geografía del mito y la leyenda chilenos*. Santiago de Chile: Nascimento, 1983, pp. 117-118 y pp. 267-268.

<sup>248</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*) y 1948: “garra”.

<sup>249</sup> En la edición de 1943 (*Sur*) sin: “más”.

<sup>250</sup> *Recoleta*, aislado.

<sup>251</sup> *Ruma*, montón de cosas agrupadas sin ningún orden una sobre otra.

<sup>252</sup> En las ediciones de 1943 (*Sur*) y 1948: “le abrió”.

<sup>253</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “como una anhelante”.

<sup>254</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “No importaba, no importaba”.

<sup>255</sup> En la edición de 1948: “quería”.

<sup>256</sup> En la edición de 1948: “quería”.

<sup>257</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “Quererlo como quiere una mujer, porque ella ya lo era y sus quince años le daban a la voz un súbito trémolo oscuro”.

<sup>258</sup> *Sollamada*, enrojecida o irritada por la acción del fuego u otra fuente de calor.

<sup>259</sup> *Pasito*, movimiento lento y silencioso.

<sup>260</sup> *Pilón*, fuente de piedra en la que se recibe el agua, usado para lavar o de abrevadero.

<sup>261</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “está la”.

—Mire, Maclovía, a ésta tenemos que casarla cuanto antes.

Por años lloró su pena entre la caja del piano y la ruma de colchones. Nunca nadie supo nada. Le levantaron las trenzas, que desde entonces llevó como tiara alrededor de la cabeza; bajaron los dobladillos de todos sus vestidos. Nadie decía que era bonita. Pero no había hombre que no se sobresaltara al verla, perdido en la contemplación de los ojos grises, con algo que era casi un vértigo ante la pulpa ardida de la<sup>263</sup> boca. Aparecía cortés e indiferente. Tenía que guardar su recuerdo, cuidar su ensueño y tan solo en un país de silencio podía hacerlo<sup>264</sup>. Los hombres la miraban, se detenían un punto junto a ella, pero todos, unánimemente, se iban hacia otras muchachas más asequibles a su cortejo.

El padre presentó un día al futuro marido. Era de tierras del sur, propietario de una hijuela, de vieja familia regional. Ya mayor, claro que no “veterano”; esto lo decía la madre. Como añadía<sup>265</sup> también: “Buen partido”<sup>266</sup>.

Dejó, indiferente, que entre unos y otros interpretaran su aquiescencia y la casaran. Este u otro era lo mismo. Que ninguno era el suyo, el que ella quería, mirada verde para dulzor de su sangre. ¿Este? ¿Otro? ¡Qué importaba! Y había que casarse, según decía la madre, sonriente y persuasiva, y según ordenaba el padre con su voz tonante que no aceptaba disensiones.

Recordaba lo incómodo del traje de novia, la corona que le oprimía las sienes y su terror a desgarrar el velo. El novio murmuraba:

—Costó tan caro..., cuídelo...

Terminaba el vals. Un momento el silencio llenó la casa, un tan completo silencio que hacía daño. Porque era tan completo que la mujer empezó a sentir su corazón, y el terror le abrió la boca y entonces oyó jadear<sup>267</sup> su respiración. Pero también sintió el ronquido en la otra pieza, cortado al interrumpirse la música y que de nuevo el subconsciente tranquilizado imponía al dormido. Oyó<sup>268</sup> luego un grillo en el patio. Se alzó lentamente y miró, afuera, el campo negro y extenso, que sabía llano, sin nada en la lejanía sino el anillo del horizonte.

---

<sup>262</sup> En la edición de 1948: “definido”.

<sup>263</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “su”.

<sup>264</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “y tan solo en esa zona de silencio y lejanía podía hacerlo”.

<sup>265</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “decía”.

<sup>266</sup> *Buen partido*, dicese de la persona que reúne las condiciones económicas más que necesarias para ser una buena opción matrimonial.

<sup>267</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949: “y entonces sintió el jadear de”.

<sup>268</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “Sintió”.

Llano. Llanura. Y en medio<sup>269</sup> ella y su vigilia, parando<sup>270</sup> recuerdos, acariciando el pasado. Perdida en el llano. Sin nadie para su ternura, para mirarla y encenderle dentro<sup>271</sup> ese ardor que antes le caminaba por la sangre y estremecía su boca bajo el tembloroso palpar de sus dedos. Sola.

Se volvió al fonógrafo. Hubiera querido repetir el sortilegio<sup>272</sup>. De nuevo tender<sup>273</sup> el lienzo melódico para allí proyectar una vez más las imágenes. Pero no. El reloj dio una campanada. Las diez y media. No fuera a despertar...

Con la misma cautela del que<sup>274</sup> maneja seres vivos y frágiles, guardó el fonógrafo, los discos, cerró la alacena, puso la llave en su bolsillo. Del aparador sacó una palmatoria, encendió la vela.

Entonces apagó la lámpara.

Y salió a la galería, detrás del fuego fatuo de la luz<sup>275</sup> y seguida por entrechocadas sombras de pesadilla.

Quando llevó el arroz con leche al comedor, creyó haber realizado el último viaje de la noche y que entonces podría sentarse a esperar que el huésped se fuera. Pero los dos hombres, lámpara por medio, cuchareaban alegremente como niños y, una vez rebañado<sup>276</sup> el plato, levantaron ambos la cabeza y se la quedaron mirando, pedigüeños<sup>277</sup> y golosos.

—Sírvanse otro poquito —dijo ella, arrimando la fuente.

—¡Cómo no, patrona; si está que es un gusto comerlo! —admitió el huésped.

—¡Es que la vieja tiene buena mano para estas cosas! —y agregó el hombre confidencialmente, porque el vino se le estaba desparramando por el cuerpo—: Cosas que le enseñaron en la profesional; vale la pena tener mujer leída, amigo; sí, se lo digo yo, y créame...

---

<sup>269</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “mitad”.

<sup>270</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949: “alzando”.

<sup>271</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “y encender dentro de ella”.

<sup>272</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “la magia”.

<sup>273</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949: “alzar”.

<sup>274</sup> En las ediciones de 1943 y 1949: “de quien”.

<sup>275</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “vela”.

<sup>276</sup> *Rebañar*, recoger los restos de algo sin dejar nada, reunir y comer los últimos residuos de un plato.

<sup>277</sup> *Pedigüeño o pedigüeña*, persona que pide con frecuencia e insistencia algo.

Ella esperaba, incómoda en la silla, las manos modosamente sobre el mantel. Habían<sup>278</sup> comido con abundancia de res muerta en el día y el vino terminándose en la damajuana<sup>279</sup>. Sería cuestión de aguardar un rato la obligada sobremesa y entonces el huésped se iría. Que su casa estaba lejos y la noche se mezclaba al viento y grandes nubarrones hacían y deshacían formas sobre pálidas estrellas<sup>280</sup>.

La distrajo la voz del hombre:

—¿Y ese café? Apúrese, que el tren no espera... —y rió su frase, dando una puñada<sup>281</sup> sobre la mesa que hizo vacilar la lámpara.

No habían terminado sus viajes a la cocina... Salió a la galería, pensando, afligida, que a lo mejor el fuego estaba ya apagado y encandilarlo era tarea para rato. Pero bajo las cenizas el punteado rojo del rescoldo la hizo casi sonreír y el agua estuvo pronto hervida y la cafetera, importante en sus dos pisos, sobre la bandeja, y ella de nuevo atravesando la casa oscurecida, que la luz del reverbero solo parecía espesar<sup>282</sup> lo negro en los rincones.

En el comedor los dos hombres discutían con parsimonia, en<sup>283</sup> pie aún su cazurrería<sup>284</sup> criolla, porque aquella comida estaba destinada a cerrar un negocio de compra de chanchos que el huésped viniera a ver desde el pueblo, y la tarde, que si yo pido y yo ofrezco, se había pasado en tanteos y todavía no se llegaba a nada concreto.

—El lunes le mando un propio<sup>285</sup> con la contestación —decía el huésped.

—Es que mañana, domingo, tengo que contestarle a uno de estos lados, que también se interesa y no puedo dilatarle más, usted comprende, sí; no es cosa de dejarlo esperando y que se eche para atrás y usted también y pierdo un buen comprador...<sup>286</sup>

—Es que usted se pone en unos precios...

—Los que valen los chanchos, amigo; mejores no los va a encontrar. Como esta cría no hay otra por estos lados, usted lo sabe bien, sí...

La mujer había sacado las tazas, el azúcar; ahora les servía el café. ¡Que arreglaran luego su negocio y el huésped se fuera! Y se sentó de nuevo, en la misma postura de antes, tan

---

<sup>278</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “Ya habían”.

<sup>279</sup> *Damajuana*, recipiente grande de vidrio usado para contener líquidos, especialmente vino.

<sup>280</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “sobre estrellas tiritonas”.

<sup>281</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948, 1949, 1962, 1963 y 1967: “un puñado”.

<sup>282</sup> En la edición de 1948: “esperar”.

<sup>283</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949: “de”.

<sup>284</sup> *Cazurrería*, astucia.

<sup>285</sup> *Propio*, mensajero particular.

<sup>286</sup> En las ediciones de 1948 y 1967 sin puntos suspensivos y con un punto y parte.

idéntica<sup>287</sup>, tan como recortada en un cartón y colocada allí, tan erguida, inexpresiva y misteriosa que, súbitamente, los dos hombres se volvieron a mirarla, como atraídos por la fuerza estática que de ella emanaba.

El huésped dijo:

—¡Tan calladita la patrona!

Y el hombre, vagamente molesto sin saber por qué:

—Sirva aguardiente, pues.<sup>288</sup>

Volvió a ponerse de pie, pero esta vez no para ir a la cocina. Abrió la alacena y se empinó para alcanzar arriba la botella arrinconada tras el fonógrafo. El huésped, que la miraba hacer, preguntó solícito:

—¿Quiere que le ayude, patrona? Le queda alta la botella.

—Mírenla qué arisca la botella..., por algo había de ser mujer. Pero para eso estoy yo, sí...<sup>289</sup> —exclamó el hombre, y se alzó a tomarla.

Le tropezaron las manos en el fonógrafo y añadió, gozoso de hallar otro homenaje<sup>290</sup> que ofrecer al huésped:

—Vamos a decirle a la patrona que nos toque un poco el fonógrafo. Yo le llamo “su bolina”,<sup>291</sup> porque hay que ver cómo es de gritón; pero a ella le gusta y yo la dejo que se saque el gusto. Así soy yo, sí. Toque algo para que oiga el amigo. Ponga lo más bonito. Pero antes nos sirve algo, sí...<sup>292</sup>

Colocó al borde de la mesa la botella y el fonógrafo. La mujer se había quedado quieta, oyendo lo que el hombre decía. Pero cuando las manazas<sup>293</sup> se apoderaron del armarito, una especie de resentimiento le remusgó en el pecho, lento, iniciándose apenas. El fonógrafo<sup>294</sup> era su bien suyo y nadie tenía derecho sobre él<sup>295</sup>. Nunca nadie lo había manejado, sino sus manos de ella, que eran amorosas y como para un hijo. Tragó saliva y los dientes se le apretaron después, marcándole la arista dura de la mandíbula, igual a la del padre e igual a la del lejano

---

<sup>287</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “tan idéntica, tan silente”.

<sup>288</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948, 1949 y 1967 este fin de línea termina con puntos suspensivos.

<sup>289</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949: “Pero para eso estoy yo aquí...”

<sup>290</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “otra amabilidad”.

<sup>291</sup> En la edición de 1949: “su bullanga”. En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949 esta coma corresponde a un punto y seguido.

<sup>292</sup> En la edición de 1943 (*Sur*) sin: “sí...”. En la edición de 1949: “nos sirve trago”

<sup>293</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “las manazas del hombre”.

<sup>294</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “gramófono”.

<sup>295</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1949 y 1948: “derecho a moverlo”.

abuelo que viniera de Vasconia<sup>296</sup>. Pensó que el aguardiente los haría olvidar la música y en vez de los pequeños vasos de vidrio verde y engañoso, en que apenas si cabía una dedalada de líquido, puso los otros grandes de vino<sup>297</sup> y los llenó a medias. Los hombres olieron el aguardiente, levantaron después los ojos, a la vez que entrechocaban las copas, y a una voz dijeron:

—¡Salud!

Y vaciaron de un sorbo el contenido.

—¡Esto es aguardiente! —dijo el hombre.

El huésped contestó con un silbido que pareció quedársele en la boca fruncida, gesto de estupor, porque algo<sup>298</sup> empezaba a bailar en los músculos sin intervención de su voluntad y esto lo dejaba así de perplejo y tan contento por dentro.

—Volvamos a hablar del negocio —propuso el hombre—. Ya está bueno que se decida, sí; mi precio es razonable, usted bien lo sabe y sabe que se lleva chanchos que en cualquier mercado se gana el doble, sí<sup>299</sup>; criados a chiquero y media sangre<sup>300</sup> el barraco, especiales para jamones...

El otro sonrió vagarosamente y asintió a cabezadas.

—¿Trato hecho, entonces? —preguntó el hombre—. ¿Trato hecho?

—Bueno el aguardiente, no se toma mejor por estos lados, ni en el hotel de los Piñeiro.<sup>301</sup>

Era curioso lo que sentía: siempre esa especie de movimiento muscular que ahora se polarizaba en las rodillas y le lanzaba las piernas hacia todos lados, irreductiblemente, igual que a un payaso. ¡Y estaba tan contento!

—Bueno el aguardiente, claro, sí...<sup>302</sup>, es regalo de mi suegro, que es del lado de las viñas y comercia en vinos. De lo mejor. ¿Trato hecho?

---

<sup>296</sup> *Vasconia*, nombre con el que se designa a la comunidad social y cultural que conforma el pueblo vasco en Europa.

<sup>297</sup> En la edición de 1949 sin: “de vino”.

<sup>298</sup> En la edición de 1949: “porque súbitamente algo”.

<sup>299</sup> En la edición de 1949: “así”.

<sup>300</sup> *Media sangre*, tipo de ganado que es producto del cruce de dos “razas puras”, en este caso, dos razas de porcinos. El media sangre es un cerdo más resistente y gana peso más rápido que el de raza pura.

<sup>301</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1949 y 1962 este punto y aparte corresponde a un punto y seguido.

<sup>302</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949 sin: “sí...”.

—¿Trato de qué? —preguntó estúpidamente, atento a su deseo de reír, a su imposibilidad de reír y al desconuelo<sup>303</sup> que empezaba a inundarlo. Y las piernas por debajo de la mesa bailándole, bailándole...

—Del negocio de los chanchos, sí...<sup>304</sup>

—¡Ah!<sup>305</sup> De veras... ¿Pero la patrona no iba a tocar la..., cómo le dijo...,<sup>306</sup> la..., bueno<sup>307</sup>... el fonógrafo?

La mujer lo odió con una violencia<sup>308</sup> que lo hubiera destruido al hacerse tangible<sup>309</sup>. Todas las malas palabras que oyera en su existencia<sup>310</sup>, y que jamás dijo, se le vinieron de pronto a la memoria y las sentía tan<sup>311</sup> vivas que su asombro era que los dos hombres no se volvieran a mirarla, despavoridos y enmudecidos ante esa avalancha grosera.

—¿Trato hecho?

—Música..., música..., la vida es corta y hay que gozarla...<sup>312</sup>

Pero en vez de alargar la mano al fonógrafo, la mujer la había extendido<sup>313</sup> hacia la botella y de nuevo les servía, desbordando las copas. Y como cada cual absorbo en su idea no viera que se le había puesto delante, fue ella quien dijo, repentinamente cordial:

—¡Sírvanse! —e hizo un inconcluso gesto de invitación, una especie de saludo que se quedó en el aire, paralizado<sup>314</sup>, mientras los miraba beber—: ¡Salud! —y le sorprendió el sonido ronco de su voz diciendo el buen augurio.

—¿Trato hecho? —insistió el hombre, enredada la lengua a las consonantes.

El otro no oía nada, sino que sentía crecer la marea de congoja, a la par que en sus oídos una chicharra se puso a mover su constante serrucho de siesta. ¿Y por qué le bailaban las piernas?

---

<sup>303</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “y a un vago desconuelo”.

<sup>304</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949: “chanchos, pues...”.

<sup>305</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949: “¡Ah! Sí?”.

<sup>306</sup> En la edición de 1943 (*Sur*) los puntos suspensivos y la coma corresponden a un punto y seguido.

<sup>307</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “güeno”.

<sup>308</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “fuerza”.

<sup>309</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “hacerse realidad”.

<sup>310</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “vida”.

<sup>311</sup> En la edición de 1948 sin: “tan”.

<sup>312</sup> En la edición de 1948 sin puntos suspensivos y con punto y aparte.

<sup>313</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “alargado”.

<sup>314</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “mano paralizada”.

—Hermano, soy bueno... yo no merezco esto... —y la congoja se le desbordó en un hipar—. No quiero que me bailen las piernas, mis piernas son mías, mías... Música... —gritó súbitamente y medio se alzó, pero le falló el impulso y se fue de bruces sobre la mesa.

La mujer los miraba, quieta, con los ojos tan abiertos e inexpresivos, tan claros, tan enormes en su grisura. Que no se acercaran de nuevo a su fonógrafo, que no fueran a tomarlo; era suyo, allí residía su vida interior<sup>315</sup>, su evasión a los días incoloros<sup>316</sup>. Ella era exteriormente semejante a la llanura, plana, con la voluntad del marido como el viento rasándola; pero al igual que bajo napas de tierra está la corriente multiforme del agua, así ella tenía dentro su agua cantante diciendo las cosas<sup>317</sup> del pasado. La música era de ella. De ella y ¡ay de quién se le acercara!

Pero el huésped alargó una mano torpe y<sup>318</sup> la posó en las portezuelas del fonógrafo<sup>319</sup>, tratando de abrirlas. Que no las abrió, porque ella, violentamente en pie y dura sobre la mano de él, dijo también duramente:

—No. Es mío.

El huésped la miró, fruncida la boca y tratando de pensar algo que acababa de olvidársele. Recordó de pronto. Y volvió a estirar la mano que ella le quitara de la pequeña aldaba.

—¡Le digo que no!

—Mire cómo me agravia, hermano...

El hombre insistió codiciosamente:

—¿Trato hecho?

—Música... —contestó el huésped, empecinado<sup>320</sup>.

—¿Por qué no toca algo? Meta bolina<sup>321</sup> no más, hijita, sí; a su gusto. ¿No ve que vamos a cerrar el trato?

No pondría las manos en el fonógrafo. Eso nunca. El huésped<sup>322</sup> se había alzado y esta vez sí que le obedecieron los músculos. Pero la mujer previno<sup>323</sup> el ataque y se interpuso

---

<sup>315</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “por dentro”.

<sup>316</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “días sin forma”.

<sup>317</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “formas”.

<sup>318</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “alargó una mano y torpemente”.

<sup>319</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “gramófono”.

<sup>320</sup> En la edición de 1943 (*Sur*) sin esta línea.

<sup>321</sup> En la edición de 1949: “bullanga”.

<sup>322</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “Pero el huésped”.

defensiva. El otro<sup>324</sup> trastabilló por el comedor, hasta dar con la pared, y se volvió encendido en delincuencia, ciego para todo lo que no fuera su idea.

—Música..., música...

—¿Que se ha vuelto loca? ¿Qué le pasa? —preguntó el hombre<sup>325</sup>.

El huésped estaba sobre ella y ella sobre el fonógrafo, con todo el cuerpo defendiéndolo. Luchaban<sup>326</sup>. El hombre los miró un instante estupefacto, repitiendo:

—¿Que se ha vuelto loca? ¿Que se ha vuelto loca?

Pero cuando el huésped dio un grito agudo porque los dientes de la mujer le desgarraban una mano, se abalanzó a separarlos, a defender al amigo, a defender su negocio, su trato ya casi hecho.

Ella les daba patadas y dentelladas<sup>327</sup>, animalizada, furiosa<sup>328</sup>, como si en el monte una<sup>329</sup> puma defendiera sus<sup>330</sup> lechales<sup>331</sup>. Los hombres no sabían por qué recibían puñadas, por qué rodaban por el suelo, por qué la mesa se tambaleaba y la lámpara oscilaba su luz en un mareo peor que el de sus estómagos. El fonógrafo cayó con estrépito y las cuerdas resonaron, lamento de arboleda a la que arranca un fuerte viento sus hojas. El huésped estaba sentado en el suelo, aturdido, y de pronto se le soltó el llanto en sollozos que interrumpían los hipos. El hombre se apoyaba en la ventana, atónito con todo aquello y mirando a la mujer, que mostraba desgarrada la ropa, deshecha la nobleza del peinado, con un tajo largo en la cara, limpiándose con el delantal rojo de sangre, manchada la blusa, empecinada en recoger del suelo los pedazos de los discos rotos, mirándolos y sollozando, limpiándose la sangre<sup>332</sup>, sollozando y mirando dónde otros pedazos y limpiándose la sangre y sollozando.

Pero el huésped lo distrajo con sus enormes hipos<sup>333</sup>.

—Hermano..., yo creía que estaba en casa de un hermano... Me han agraviado... a mí... —se lamentaba entrecortadamente<sup>334</sup>.

---

<sup>323</sup> En la edición de 1949: “previó”.

<sup>324</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “huésped”.

<sup>325</sup> En la edición de 1943 (*Sur*) se agrega a continuación el siguiente párrafo: “Permanecía muda e inmóvil. Primero la harían pedazos, pero no lograrían tocarlo. Nunca”.

<sup>326</sup> En la edición de 1949: “Luchaba”.

<sup>327</sup> En la edición de 1949: “mordiscos”.

<sup>328</sup> En la edición de 1943 (*Sur*) sin: “furiosa”

<sup>329</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “un”.

<sup>330</sup> En las ediciones de 1943, 1943 (*Sur*), 1948 y 1949: “los”.

<sup>331</sup> En la edición de 1943 (*Sur*) se intercala la siguiente oración: “Pero eran dos contra ella”.

<sup>332</sup> En la edición de 1943 (*Sur*) este párrafo termina aquí.

<sup>333</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “Pero el huésped:”.

—No llore más, hermano —y de súbito<sup>335</sup> vuelto a su idea y lleno de solicitud y ternura—: ¿Trato hecho?

—Mugres, eso son nada más: mugres... —gritó<sup>336</sup> la mujer, y con su haldada de pedazos salió del comedor, cerrando la puerta con un<sup>337</sup> retumbo que asustó a las ratas en el entretecho e hizo que el perro la mirara sostenidamente con sus lentejuelas<sup>338</sup> brillosas en la penumbra.

Afuera restallaban las crines del viento desatado en frenéticos galopes. Las nubes se habían apretujado, densas y negras, tiñendo los ámbitos y sin dejar ver perfil de cosa alguna. Como si aún los elementos no hubieran sido separados. Un grillo atestiguaba inmutable su existencia.

Iba huidiza, apretados contra el pecho los destrozados discos, sintiendo el fluir de la sangre por la herida, caliente y pegajosa en el cuello, adentrándose hasta<sup>339</sup> la piel fina del pecho. Caminaba con la cabeza gacha, rompiendo la negrura y el viento. Caminaba. La casa estaba lejos, que no solo borrada por la sombra. El grillo quedó en lo imperceptible tenazmente inútil. Podía estar en el llano y ser el centro vivo de lo circundante desolado; podía estar en un valle limitado por ríos y precipicios; podía andar, andar, sin fin, hasta caer deshecha en la tierra dura, empastada hasta el mismo nivel con idéntica hierba; podía de pronto resbalar por la barranca e irse a estrellar en las lajas<sup>340</sup> de un río sorbido por rojizas arenas; podía... Podía cualquier cosa suceder en ese negror de caos, confuso y pavoroso. Que a ella todo le era indiferente...<sup>341</sup>

Terminar con todo. Morir contra la tierra, destrozarse en la hondonada. No sentir más ese ardor corrosivo, hiel en la boca y adentro hurgándole<sup>342</sup>. Terminar con todo. No esforzarse

---

<sup>334</sup> En la edición de 1943 (*Sur*) sin: “—se lamentaba entrecortadamente”.

<sup>335</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “y repentinamente”.

<sup>336</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “dijo”.

<sup>337</sup> En la edición de 1963 sin: “un”.

<sup>338</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “lentejuelas humildes”.

<sup>339</sup> En la edición de 1949 sin: “hasta”.

<sup>340</sup> *Laja*, piedra plana y poco gruesa.

<sup>341</sup> En la edición de 1948 sin puntos suspensivos y con punto y aparte.

<sup>342</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “No sentir más ese ardor corrosivo, hiel en la boca y adentro hurgándole, deseo de gritar, de pegar, de encender fogatas que ardieran el mundo”.

más por saber qué característica<sup>343</sup> tuvo tal día, empecinada en sacar de la suma de nebulosas<sup>344</sup> una fecha para diferenciarlo. No vivir mecanizada en el trajín y en el tejer esperando que llegara el sábado para comer el mendrugo de recuerdos incapaz de saciar la angurria<sup>345</sup> de ternura de su corazón<sup>346</sup>. Terminar con la sordidez rondándola, con el disfraz de “haga como quiera, pero...”, de la meticulosidad, de la solapada vigilancia. No ser más. Nunca más volver a la casa y hallarse diciendo lo hecho y lo rendido, oyendo la insinuación de lo necesario por comprar y lo preciso por realizar<sup>347</sup>. No encallecerse las manos majando trigo, ni con los ojos llorosos al humo del horno, ni sintiendo la cintura dolida frente a la batea<sup>348</sup> del lavado. Jamás esmerarse en pintar una tablita y hacer una repisa, ni empapelar las habitaciones enflorándolas como un remedo de jardín. Nunca. Ni nunca más sentirlo volcado sobre ella, jadeante y sudoroso, torpe y sin despertarle otra sensación que una pasiva repugnancia. Nunca.

Le dolió como una larga punzada la herida que el aire enfriaba. La tocó y halló entre la sangre un punto duro. Pedazo de vidrio. Cacho de vaso roto que no supo cuándo en la lucha se le enterró allí. Con una especie de insensibilidad al dolor lo removió para sacarlo. Dio un gemido. Pero furiosa consigo misma, de un tirón brusco que desgarró más profundamente la carne, lo extrajo y arrojó lejos.

La sangre le corría por los dedos, por el cuello, por los senos<sup>349</sup>. Toda manchada y pegajosa. Siguió andando. Desaparecer. Pero antes sollozar, gritar, aullar. El viento, con sus rachas, parecía metérsele por la carne abierta y hacer intolerable el dolor. Más grande aún, más agudo que el otro que le destrozaba el sentimiento. De pronto la mano que empuñaba<sup>350</sup> el delantal, sosteniendo siempre los rotos discos, se abrió y todo aquello rodó por el suelo. Dio unos pasos más y cayó de bruces para sollozar sonidos<sup>351</sup> que el viento agarraba con su fuerte mano y esparcía por los confines.

---

<sup>343</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “características”.

<sup>344</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “grisuras”.

<sup>345</sup> En la edición de 1949: “angustia”.

<sup>346</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “para comer su mendrugo de recuerdos, mendrugo incapaz de saciar la angurria de ternura de su corazón”.

<sup>347</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “hacer”.

<sup>348</sup> *Batea*, artesa o recipiente grande, hecho usualmente de madera, que se usa para lavar.

<sup>349</sup> En la edición de 1943 (*Sur*) sin: “por los senos”.

<sup>350</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “apuñaba”.

<sup>351</sup> En la edición de 1949: “para llorar sollozos”.

Como si el agua de los claros ojos al fin pudiera ser agua. Sentía que la boca se le abría y los extraños ruidos que lanzaba su garganta y los párpados sollamados<sup>352</sup> y la frente rugosa y la sal del llanto. Y una mano pegada a la herida, violentamente dolorosa, y la sangre corriendo entre sus dedos y una trenza que debía estar empapada humedeciéndole la espalda. Se alzó sobre un codo, volteó la cabeza. Y dio un grito agudo, porque por la cara le calentó un aliento y algo inhumano la empavoreció hasta perder el sentido.

El perro a ratos la olfateaba ruidoso, otros le lamía las manos, otros se sentaba y alzando la cabeza muy alto, con el hocico tendido hacia misteriosos presagios, daba su largo aullido lunero. Le lamía la cara cuando la mujer volvió en sí e instantáneamente supo que era el perro, aunque no sabía dónde estaba. Se sentó de golpe y de golpe también tuvo el recuerdo de lo inmediato.

Era como si no lo hubiera vivido. Tan extraño, tan ajeno a ella. Casi como la sensación de la pesadilla que acaba de hundirse en lo subconsciente. ¿Huía de un sueño, volvía de una realidad? Un gesto, al querer acariciar al perro que la rondaba inquieto, le dio el exacto contorno de los hechos<sup>353</sup>. Gimió y el perro buscó de nuevo su rostro.<sup>354</sup> Pero lo apartó, obligándolo a tenderse a su lado. Restañó la herida que manaba de nuevo sangre, ardiéndole como una quemadura<sup>355</sup>.

Se podía morir desangrándose. Estarse así, quieta en la noche, en la proximidad cordial del perro hasta que la sangre se fuera escurriendo y con ella la vida, esa vida aborrecible que no quería conservar para provecho de otro. Eliminándola, vengaba su constante estado de humillación<sup>356</sup>, rencores<sup>357</sup> acumulados sordamente, resentimiento<sup>358</sup> de existencia<sup>359</sup> frustrada. Quitarse de en medio para que la soledad fuera el castigo del que no tendría quien trabajara, rindiera y diera cuenta de hechos y pensamientos, máquina para su regalo desaparecida y que le costaría hallar otra tan perfecta. No verlo más. Nunca ponerle delante la carne medio asada y verlo masticar con sus dientes de súbita blancura. Ni ver su mirada irse velando de niebla<sup>360</sup>, cuando el deseo lo hacía estirar la mano hasta su cuerpo vanamente esquivo. No saberlo

---

<sup>352</sup> En la edición de 1949: “ardiéndoles”.

<sup>353</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “de lo real”.

<sup>354</sup> En la edición de 1943 (*Sur*) este párrafo termina aquí.

<sup>355</sup> En la edición de 1949 sin: “ardiéndole como una quemadura”.

<sup>356</sup> En la edición de 1949: “vengaba las humillaciones”.

<sup>357</sup> En la edición de 1949: “los rencores”.

<sup>358</sup> En la edición de 1949: “el resentimiento”.

<sup>359</sup> En la edición de 1949: “de su existencia”.

<sup>360</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “Ni ver su mirada irse velando de niebla, como ojo de borrego muerto”.

enredado en subterráneos cálculos: “Esto lo compra usted, porque esta platita mía es para guardarla y comprar cuando se pueda el campo de los Urriola, que están muy entrampados y tendrán al fin que vender, sí; o el campo de la viuda de Valladares, que con tanto chiquillo no va a prosperar y se lo van a sacar a remate, por las hipotecas...” Esperando como buitre, paciente, el momento de alzarse con la presa. Tierras. Tierras. Todo en él se reducía a eso. Vender. Negociar. Juntar dinero. Y comprar tierras, tierras.

No ser más. No pensar más. Sentir cómo la sangre se iba entre sus dedos, corriendo pegajosa por el pecho<sup>361</sup>, apoyándose en el regazo, humedeciendo sus muslos.

El perro gemía ahora bajito, cada vez más inquieto. La mujer, súbitamente, abrió los ojos, que ya no tenían sino la propia agua clara del iris, y enfrentó una verdad: morir era también nunca más sacar los recuerdos del pasado, arcón con sus imágenes de ternura. Nunca más recordar... ¿Recordar qué? Y en una rápida e inconexa superposición de imágenes, trozos de escenas, retazos de frase<sup>362</sup>, vio a la madre sentada frente al portalón, a ella con sus hermanas tomadas del brazo, a las palomas volando por el aire aromoso del jardín. Sintió tan exacto el olor de los jazmines que aspiró anhelante. Pero aparecieron otras imágenes: ella llorando entre la caja del piano y la ruma de colchones; ella silenciosa en la noche bajo la medalla de la luna, buscando la réplica de esa medalla en el fondo del pilón con mano distraída; ella frente al espejo, prendiéndose en las trenzas una ramita de albahaca y unos claveles, porque la Pascua era una porfiada esperanza; ella con la cara volteada por la risa y sus ojos atrapando la mirada verde que le agitaba en el pecho un tímido pichón, tan cálido, tan tierno y tan exactamente vivo, que la sorpresa de su mano era no encontrarlo allí anidado dulcemente... Nunca más todo eso. Morir era también renunciar a todo eso<sup>363</sup>.

De repente se puso de pie. Le vacilaban las piernas y ante los ojos le bailaron chiribitas. Los cerró fuertemente. Se obligó a erguirse. Y fuertemente también apretó el delantal a la cara, que no quería que la sangre corriera por la herida, que no quería que la sangre se le fuera, que la muerte la dejara como un tendido harapo en medio del campo, sobre los yuyales<sup>364</sup>, abandonada en lo negro con la sola custodia del perro. Quería la vida, quería su sangre, la ramazón de su sangre cargada<sup>365</sup> de recuerdos.

---

<sup>361</sup> En la edición de 1943 (*Sur*) aquí termina este párrafo.

<sup>362</sup> En la edición de 1943 (*Sur*): “recuerdos”.

<sup>363</sup> En la edición de 1949: “renunciar al pasado”.

<sup>364</sup> *Yuyal*, lugar cubierto de maleza.

<sup>365</sup> En la edición de 1949: “nutrida”.

Apretó aún más contra la mejilla el delantal. Oteó la noche. Llamó entonces al perro.  
Se tomó de su collar. Y dijo:

—A casa —y lo siguió en lo oscuro.